

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — TOMO IV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 13. — N° 96.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El general Canrobert; grabados. — El Tirteo español. — Revista de Paris. — Manufactura de tabacos en Paris; grabados. — Crónicas de Granada. — Extracción del oro y de la plata. — La batalla del Alma; grabados. — Cancion. — Blanca. — La gruta de San Andrés en Niza; grabados. — Los hombres con rabo; grabados. — Margarita Pusterla. — Revista de la moda. — El rompe-olas flotante; grabados.

El general Canrobert.

La muerte del mariscal Saint-Arnaud siguió de cerca al triunfo de los ejércitos aliados en la batalla del Alma. El *Monitor* del día 9 de octubre confirmaba en estos términos la noticia que habia llegado la víspera á Paris: « El gobierno acaba de recibir la dolorosa nueva de la muerte del mariscal que sucumbió el 29 de setiembre á la grave enfermedad que le devoraba hacia tiempo. » El mariscal se embarcó el 27 á bordo del *Berthollet* con direccion á Constantinopla, en cuya travesía falleció, despues de haber entregado el mando superior del ejército al general Canrobert, en conformidad á las órdenes que tenia ya para ello del Emperador.

He aquí la despedida que el mariscal de Saint-Arnaud dirigió al ejército de Oriente, al mismo tiempo que entregaba el mando al general Canrobert:

« Soldados: La Providencia rehusa á vuestro jefe la satisfacción de continuar conduciéndoos en el glorioso camino que se abre delante de vosotros. Vencido por una cruel enfermedad con que en vano he luchado, sabré cumplir el imperioso deber que las circunstancias me imponen



El general Canrobert.

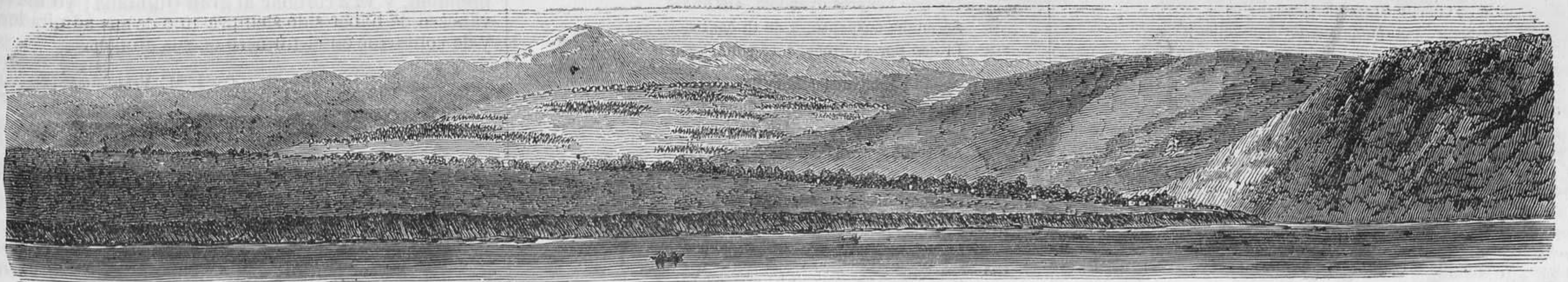
de resignar el mando, cuyo peso no me permite soportar mas una salud para siempre destruida.

» Soldados: Vosotros me compadeceréis, porque la desgracia que me hiere es inmensa, irreparable, y tal vez sin ejemplo.

» Entrego el mando al general de division Canrobert, á quien en su previsora solicitud por este ejército y por los grandes intereses que representa, ha revestido el Emperador de los poderes necesarios en una carta cerrada que tengo á la vista. Dulcifica mi dolor el depositar en tan dignas manos la bandera que la Francia me ha confiado.

» Rodead con vuestro respeto y con vuestra confianza á este oficial general, á quien una brillante carrera militar y el esplendor de sus servicios han valido la mas honrosa celebridad en el país y en el ejército. El continuará la victoria de Alma, y tendrá la dicha que yo habia soñado para mí, y que le envidio, de conducirnos á Sebastopol. — *El mariscal, DE SAINT-ARNAUD.* »

El general Canrobert es uno de los oficiales superiores mas distinguidos que cuenta el ejército francés. Hombre de una bizarría extraordinaria, ha ganado todos sus grados en las campañas de Africa donde se señaló entre todos por su valor y sangre fria en medio del peligro, y por una fecundidad de recursos estratégicos que hace el mayor honor á sus conocimientos militares. Las tropas tienen mucha confianza en este general que debe el alto puesto que ocupa únicamente á su mérito, y que joven aun, pues solo cuenta 46 años, está en camino de obtener la primera dignidad en la milicia, ó sea el título de mariscal de Francia.



Embocadura del Alma y campo fortificado de los rusos.

El Tirteo español.

(Conclusion.)

VIII.

El genio de Quintana brilla en todos los géneros y tonos que ha invadido, como lo he demostrado ya, y este último artículo que le consagro no es mas que el complemento de cuanto tenia que decir en apoyo de la observacion que dejo enunciada. Yo creo que si el gran poeta hubiera cultivado la sátira se habria puesto al nivel de Quevedo; pero Quintana escribió en tiempos en que la risa hua de los semblantes castellanos, y por otra parte tiene este autor un carácter demasiado español, es decir, demasiado grave, que pugna con el desenfado, primera condicion del escritor festivo, motivo por el cual no ha ensayado su númen en un género de que sin embargo se muestra admirador. Cuando se ha separado de su vocacion, de su tono marcial y siempre majestuoso, ha sido para contenerse en el círculo de la austeridad castellana, tan proverbial en el mundo.

Es digno de notarse que el poeta en cierto modo romantico, aunque anterior al romanticismo; el cantor de la patria y de la guerra pagase tambien su tributo á la poesia el síca del siglo pasado, aunque no me sorprende que en este trillado campo encontrase flores tan preciosas y nuevas, porque no hay ningun campo estéril para los hombres de genio.

Como muestra de lo que el gran poeta ha sabido hacer en esta parte, citaré varias composiciones, y entre otras la titulada *Ariadna*. ¡Qué sentimiento tan verdadero y sublime revela la infortunada protagonista de esta produccion, cuando lamentando la ingratitud de Teseo á quien salvó con su industria, exclama:

Yo, triste, envuelta en la inocencia mia,
Al delirio de amor me abandonaba:
Tú sabes cual mi seno palpitaba,
Tú viste cual mi sangre se encendia,
Y como de su boca engañadora
Deleite, amor y perdicion bebia.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,
Yo te perdono. El ardoroso llanto
Que ora inunda mi rostro y me le abrasa,
Enjugarás: reclinare en tu pecho
Mi atormentada frente, y aplicando
Tu mano al corazon, ¡verás cuál bate
De anhelo palpitante y de alegría!
Mas, ¡oh mísero y ciego devaneo!
Mientras imploro al execrable amigo,
Lleva el viento consigo
Mi gritar, mi esperanza y mi deseo.
Las furias del averno me arrebatan
Tras de sí á fenecer... voy desgraciada
Victima del amor. ¡Ah! ¡si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallara,
Quizá al verme llorar, tambien llorara!
¡Mas no, mísera! muere: el mar te espera,
El universo te olvidó: los dioses
Airados te miraron,
Y sobre tí, cuitada, en un momento
El peso de su cólera lanzaron.

Otra de las composiciones que pertenecen á este género y debe citarse tambien, es la de *La danza*.—*A Cintia*. Oigamos al poeta:

Ya la vista te llama
Y en la dulzura del placer que espera
El corazon de cuantos ves se inflama.
Quien ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora,
Y el cuello desviando
Blandamente hácia atrás, das gentileza
A la hermosa cabeza
Reposada sobre él; ¿quién no suspira?
¿Quién al ardor se niega
Que bello entónces tu ademan respira?

¡Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones
La alegre pompa de sus formas bellas!
Vaga la vista embelesada en ellas:
Ya del contorno admira
La blanda morbidez, ya se distrae
Al delicado talle do abrazadas
Las Gracias se rieron
Y su divino ceñidor vistieron.
Ya en fin se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono
Como el arco de amor dulces se tienden.
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡Oh imágen sin igual! Nunca la rosa,

La rosa que primera
Se pinta en primavera,
De favonio al ardor fué tan hermosa;
Ni así eleva su frente la azucena
Cuando de esencia llena
Con gentileza y brío
Se mece á los ambientes del estío.
Suena empero la música, y sonando
Ella salta, ella vuela: á cada acento
Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre á un compás; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente:
¿Mi vista que te sigue
No te podra alcanzar?

Cuando suspiro

Al fenecer de un bello movimiento,
Otro mas bello desplegarse miro.
Así del iris serenando el cielo
Con su gayado velo
En su plácida union son los colores:
Así de amable juventud las flores
Do si un placer espira
Comienza otro placer.....

Parece imposible decir mas; parece agotado el asunto, y sin embargo el poeta continúa cada vez con mas entusiasmo, con mas expresion, describiendo las seducciones de la danza:

En laberintos mil de eterno agrado
Enreda y juega la elegante planta:
Alta ora levanta
Su cuerpo gentilísimo del suelo
Batiendo el aire en delicado vuelo.
Huye ora, y ora vuelve, ora reposa
En cada instante de actitud cambiando,
Y en cada instante ¡oh Dios! es mas hermosa.

El poeta no se conmueve solo con las gracias de la danza. Estas no tendrían tanto poder sin las gracias personales.

¿Mas que valen las voces
A par del fuego y la pasion que inspiran
En expresion callada
Los negros ojos que abrasando miran?
¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
La magia que te sigue
Me lleva el corazon: cesas en vano,
Y en vano desapareces, si aun en sueños
Mi mente embelesada
Tu imágen bella retratar consigue.
La magia que te sigue
Me lleva el corazon: ya por las flores
Mire veloz vagando
La mariposa, ó que la fuente ría
De piedra en piedra dando,
O que bullan las auras en las hojas:
Do quier que gracia y gentileza veo,
Allí está Cintia en mi delirio digo,
Y ver á Cintia en mi delirio creo.

Pertenecen á este mismo género, no siendo por cierto ménos bellas las poesias á Célida y fragmentos del pastor Fido; pero siento no ocuparme de ellas, porque exigirían alguna detencion, y yo debo poner fin á esta serie de artículos, terminando con la composicion á D. Ramon Moreno, sobre el estudio de la poesia, en que se ve como ha comprendido el ilustre Quintana su divina mision.

¿Y nos dejas infiel? ¿y así abandonas
Tantas horas de afán? ¿Y así al olvido
La flor darás de tus primeros días
Que tantos lauros á tu sien prometen?
Nosotras á tu oriente presidimos:
¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura
Llenó tu corazon? ¿Quién de armonía
Bañó el acento de tu voz suave,
Cuando henares oyéndola, sus ondas
Serenaba suspenso, y de tu canto
El eco por sus márgenes sonaba? »

Así te hablaban las amables Musas;
Y tú esquivando su apacible halago,
Otra gloria, otra senda prevenias
A tu noble ambicion: ellas la vieron,
Y de tu negra desercion lloraron.

Entra, amigo, en tí mismo, y las dos fuentes
En tí hallarás del arte encantadora
Que debes admirar; fuentes eternas
De do su gloria y su poder descienden.

Mira el espejo militante y puro
De tu imaginacion, que en su grandeza
El mundo todo, el universo entero
Sin contenerse en límites abarca.
Contempla luego la inexhausta hoguera
En cuyo fuego las pasiones arden
Y el sentimiento sin cesar se ceba;
Y así como en su curso van los rios
Deslizándose hácia el mar sus claras ondas,
Ondas que de él en vagarosas nubes
Salieron ya; verás la poesia
Del corazon y mente descendiendo,
Al corazon y mente arrebatarse.

Habla de la inmortalidad del genio, y dice:

Si lo niegas, pregunta al universo,
Sus fastos lo dirán: ve la violencia
Con que el torrente de los siglos corre,
Anonadando en su fugaz camino
Hombres, naciones: los imperios crecen,
Y otros imperios que á su vez se elevan
Crecen y llegan y los tragan y huyen,
Como impelidas de los euros frios
Huyen las nieblas, sin dejar sus alas
Huellas ningunas por el aire vago.
Pues el genio inmortal de la armonía
Venció tanto furor: la faz del mundo
Trastornada se ve, y él resonando
En medio á tanta ruina, hasta la esfera
Los ecos lleva de su noble acento,
Y el hombre absorto de placer le admira.

Después de ponderar cuanto la poesia ha contribuido á civilizar á los hombres, concluye diciendo, que la tierra no debe dar al olvido la memoria de los bienhechores de la humanidad:

No la dará: si vuestros nombres mueren
Será allá cuando el mundo hecho pedazos
En el estrago universal esconda
Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Interroga luego á su amigo, insistiendo en el mismo tema:

Y este precioso don que el arte un día
Debió la especie entera, en todos tiempos
Le goza el hombre. Dime: allá en tu infancia,
¿Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instruccion la senda te cubria
Sino su halago? Sus grandiosos himnos
Te elevan al Olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines.
Y abate luego, si á abatir te atreves
La grandeza del genio que elevado
En generoso vuelo arde y te lleva
A ansiar, llorar, á suspirar consigo,
A amar y aborrecer.....

Recuerda en fin el poder de Tirteo, su poeta favorito, y exclama:

¡Ay! los sagrados venerables días
No son aun en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán: yo, caro amigo,
Ya entónces no seré: nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las vírgenes responda,
Y el eco lleve mi dichoso nombre,
Y todo un pueblo con furor le aplauda.

Estas citas excusan el elogio que yo pudiera hacer del autor al terminar este examen de sus obras líricas. El hombre que á tales consideraciones se eleva, es un filósofo; el que con tanta gala sabe tributar su adoracion á las musas, es un poeta. La nacion así lo ha comprendido, y va á coronar al gran Quintana; yo me envanezco de haber sido siempre uno de sus admiradores y de contarme en el número de sus amigos.

J. M. VILLER GAS.

Revista de Paris.

Se acaba de representar en Paris una ópera cómica en un acto, cuyo argumento está tomado de un episodio tan interesante como poético de la historia de Rusia.

Sabido es que Pedro el Grande ejerció una influencia tal

en el movimiento intelectual de la Rusia, que se le considera como el fundador de ese vasto imperio, pronunciándose apenas los nombres de los monarcas que le precedieron. Sin embargo, Wladimir, Ivan el Grande y Alejo merecen pasar á la posteridad por haber fomentado y protegido las letras y las artes, y por haber dado un buen impulso á los estudios musicales. En las costumbres de los antiguos slavs sometidos al gobierno de los príncipes del Norte, se encuentran rasgos característicos, originales, dignos de fijar la atención de todos los hombres.

Cuando el Czar quería casarse, los señores de la corte se ponían en camino y recorrían todo el territorio buscando á las jóvenes más bellas y seductoras en el seno de las principales familias. Recogían de sesenta á ciento, y las llevaban al palacio del Kremlin donde permanecían bajo la vigilancia del intendente de la corte hasta el día en que el príncipe debía indicar á los señores reunidos la que llamaba á compartir su corona. El tiempo que las jóvenes pasaban en el palacio era un tiempo de absoluta clausura para ellas; nadie podía verlas ni hablarlas; solo el Czar, disfrazado, y algunas personas autorizadas por él penetraban en el santuario de las doncellas para apreciar sus talentos y hermosura.

A veces el bufón del Czar recibía la orden de adornarse con las insignias reales para representar al príncipe, y las hermosas hijas de la Rusia, engañadas por las apariencias, solían descubrir sus inclinaciones ambiciosas tratando de granjearse las miradas y buenas gracias del monarca fingido y desdenando las del monarca verdadero.

Alejo, hijo de Miguel, padre de Pedro el Grande, respetó esta costumbre inveterada. Gustábale de cuando en cuando despojarse de las insignias de su grandeza, y disfrazado de simple particular visitaba las opulentas moradas de sus señores, las casas de los vecinos de las ciudades y las cabañas de los aldeanos. De este modo veía por sus propios ojos lo que pasaba. Por lo común llegaba á casa de sus favoritos sin prevenirlos, se sentaba á su mesa, y pasaba con ellos algunas horas de alegre abandono. El boyardo Matwel, uno de los principales consejeros de la corona, recibió más de una vez con gran sorpresa la visita del monarca.

Un día Alejo se dirigió á la casa de campo de Matwel vestido con el uniforme de capitán de guardias, y llegó en el momento en que ménos le esperaba el consejero. Ambos se quedaron como asustados. Al atravesar la antesala, Alejo había oído una voz pura, sonora, de una suavidad maravillosa, cuyo sonido cesó de repente cuando entró en la sala.

El Czar, que se había quedado enamorado de aquellos acentos melódicos, sufrió como un deslumbramiento cuando distinguió á la que cantaba, que era de una belleza extraordinaria, y cuyas mejillas se sonrojaron vivamente con la presencia del capitán que entraba sin anunciarse.

En conformidad á las órdenes del Czar, Matwel le recibió como á un oficial cualquiera, y le convidó á comer, lo que Alejo aceptó muy gustoso.

La conversación al pronto estuvo muy poco animada; pero cuando el Czar dirigió la palabra á la hermosa joven, se quedó prendado de su distinción, de su finura y de su inteligencia; después la suplicó que cantara alguna de sus canciones favoritas, lo que la joven ejecutó al instante, y entregado al placer de oírla, vió con gran sentimiento que se retiraba pocas horas después de la comida.

— ¿Quién es esa señorita? preguntó Alejo.

— Señor, es la señorita Navichkin, hija de un noble en la miseria que vive retirado, y no trata con nadie más que con los pobres aldeanos del lugar en que habita.

— ¿Y cómo la joven se halla en tu casa?

— Me suplicó que cuidara de su hija, que la diera la educación que él no podía darle, y yo he consagrado á esta obra caritativa todos mis cuidados.

— Pues creo que no has sembrado en mala tierra.

— No por cierto; Natalia tiene una inteligencia y un gusto muy marcado por las artes; y en cuanto á su dulzura y demás prendas, son superiores á todo elogio, por lo cual la considero lo mismo que si fuera hija propia.

— Está muy bien, repuso el Czar, continúa educándola y sirviéndola de padre, que yo me encargo de darle un dote y un esposo.

— ¿Señor!...

— ¿Sabe quién soy?

— No, jamás sale de casa, de modo que nunca ha podido ver á V. M.

— Pues que lo ignore siempre, tal es mi deseo.

Alejo se retiró muy pensativo. La hermosa Natalia le había causado una impresión muy viva; á la segunda entrevista le pareció mucho mejor aun, sus visitas se hicieron más frecuentes, y pasó muchas tardes á su lado con el corazón palpitante en presencia de aquella criatura encantadora cuyos ojos menancólicos, y cuya voz melodiosa y divina ejercían sobre él una fascinación irresistible.

Dotado de un alma ardiente y apasionada, artista de corazón y de inteligencia, Alejo tenía una pasión señalada por la música, cuyo gusto y conocimiento se había empeñado en propagar por sus estados. A veces reunía en su palacio á los principales aficionados de Moscú, y les mandaba ejecutar los cánticos nacionales de la Rusia; pero jamás había oído un órgano que se prestase tanto como el de la joven Natalia á todas las modulaciones del canto ligero ó gracioso, enérgico ó expresivo. Muchas horas pasaba en éxtasis ante aquella maravillosa sirena, que alternativamente solía dar una expresión de tristeza indefinible ó un vigor sin ejemplo á las baladas sencillas, á las melodías originales y á las pintorescas canciones de su tierra.

Mientras duraron aquellas entrevistas, Alejo conservó el uniforme de capitán de guardias, y como Matwel no se había atrevido á descubrir el secreto de su soberano, su pupila ignoraba enteramente quien era Alejo y le trataba con familiaridad, como á un amigo de su tutor.

Matwel se hallaba en una posición bastante embarazosa; no se atrevía á romper la intimidad del Czar con Natalia, y sin embargo conocía que estaba en el deber de proteger á la hija

de su amigo contra los lazos de una seducción que ella no podía comprender ni adivinar.

En esto se acercaba el día de la gran ceremonia en que debía elegirse la emperatriz futura. Los señores estaban de vuelta de sus viajes, y ya el palacio del Kremlin encerraba en su seno sesenta de las más bellas flores de la Rusia. Las altas señoras de Moscú preparaban sus mejores galas. Toda la ciudad se conmueve, se agita; el ejército se concentra en torno del palacio, las campanas tocan á la oración, todo está en movimiento, ménos el Czar que sin cambiar en nada sus costumbres, continúa en visita junto á Natalia.

Matwel sombrío é inquieto pensaba en el triste desenlace de aquella pasión singular, cuando el Czar, con aire más alegre que de ordinario, le dijo:

— Te he prometido que me ocuparía de la suerte de tu pupila, ¿no es verdad?

— ¡Señor!...

— Y ha llegado el momento de cumplir mi promesa. Ya sabes que mañana voy á elegir una czarina; quiero que Natalia se halle presente á esta solemnidad, que despliegue en ella todas sus gracias, y que el hombre que designe entre mis cortesanos sea su esposo.

Prolongadas salvas de cañonazos anuncian á los habitantes de Moscú que se acerca el momento en que Alejo va á proclamar la soberana. El salón del Kremlin ofrece un aspecto asombroso, los señores de la corte se hallan revestidos con sus más ricos uniformes; las damas rivalizan en lujo y en riqueza; las máscaras circulan, intrigan y se divierten.

Todas las miradas se fijan en el séquito de jóvenes que pretenden la corona imperial; la princesa Isabel Barbarykin llama la atención entre todas; orgullosa con su nacimiento, se promete también triunfar por la hermosura.

Un máscara disfrazado con un traje más brillante que los de los otros, y rodeado de cortesanos, entra en el salón del Kremlin; todo el mundo le toma por el Czar, y la princesa Barbarykin se vuelve loca de alegría cuando ve que se acerca á ella y que la dirige algunas palabras.

Natalia vestida con la mayor sencillez, estaba en un rincón junto al viejo Matwel, que mientras examinaba al personaje que se paseaba con la princesa Isabel, reconoció al Czar que se acercaba á Natalia, con su uniforme de oficial, y medio oculto el rostro con una careta.

Natalia alborozada al encontrarse con el amigo de su tutor, le pregunta con su ingenuidad ordinaria si el Czar había escogido ya.

— Todavía no, respondió Alejo; pero si Vd. desea verle la presentaré á Vd. ante S. M.

— Me encuentro bien aquí.

— ¿Quién sabe? quizá viéndola á Vd. el príncipe...

— Yo no ambiciono la corona.

— Mucha modestia es esa.

Natalia viendo que el capitán seguía con su empeño, se puso triste, y añadió de mal humor:

— Me está Vd. incomodando, caballero.

Alejo comprendió que la joven le amaba, y con el corazón rebotando de júbilo, exclamó:

— ¡Abajo las caretas!

Al punto un profundo silencio sucede al ruido de la fiesta; todos los corazones laten precipitados, los boyardos esperan el fallo del Czar para saber á quien deben rendir sus homenajes. Imagínese el lector la rabia de la princesa Barbarykin cuando descubrió que el personaje que la había dicho tan bonitas cosas no era otro que el bufón de Alejo, cuando vió la corona imperial sobre la blanca frente de Natalia Narychkin, y oyó una voz que gritaba:

— Boyardos de Moscú, esta es vuestra czarina.

La superioridad musical de Natalia Narychkin fué como su rara belleza la causa de su fortuna. Natalia no lo olvidó en toda su vida. De acuerdo con el Czar protegió las artes y los artistas, y sus favores fijaron en Rusia á muchos músicos italianos y alemanes; en fin, bajo su reinado se hicieron en Moscú las primeras tentativas de ópera rusa.

En nuestra última revista hablamos de la repentina desaparición de la Siffia Cruvelli, cuando el teatro de la Grande Opera de París se hallaba colmado de gente, esperando la representación de los *Hugonotes*; la fugitiva no ha dado señales de vida hasta el día de hoy, pero es cosa fuera de duda que á estas horas se encontrará en el teatro imperial de San Petersburgo. Si es una venganza que el Czar ha querido tomar contra los franceses por sus primeros triunfos en la Crimea, debemos convenir en que Nicolás se venga á poca costa. La justicia ha intervenido en el asunto, pero nada ha podido hacer sino embarazar la fianza de veinte mil pesos que la Cruvelli había asegurado á la Opera en casa de un banquero.

Esta intervención de la justicia francesa en los asuntos de arte y de literatura, es muy digna de notarse. Desde luego se explica naturalmente, porque en Francia las cuestiones todas, cuando se consideran bien á fondo, se ve que se hallan reducidas á simples cuestiones metálicas. Los especuladores arriendan la pluma de un escritor, la voz de un cantante, el talento de un cómico por un tiempo dado, y disponen de la mercancía exclusivamente y á su antojo, y si no ahí están los tribunales. Raro es el artista parisiense que no ha tenido algún pleito.

Para citar un ejemplo reciente, vamos á trasladarnos á la audiencia del tribunal civil del Sena del miércoles último, y nos encontraremos en numerosa compañía, pues los asuntos de esta naturaleza en que figuran nombres célebres llaman en alto grado la atención pública.

El caso es el siguiente: en 1852, M. Ernesto Legouvé, el famoso autor de *Adriana Lecouvreur*, drama firmado también por M. Scribe, componía una tragedia en tres actos para la Rachel y el argumento de esta tragedia era *Medea*, aquella furia infernal que soñaba con el asesinato y el infanticidio.

La pieza fué aprobada por el comité del Teatro Francés, con la salvedad de que se harían en ella algunas correcciones, y en efecto, llenada esta condición por el autor, se dió principio á los ensayos. Rachel aceptó el papel de protagonista y le ensayó, y M. Legouvé creía llegar ya al término de sus afanes

con la representación de su obra, cuando de repente Rachel se le escapó de las manos. M. Legouvé no había pensado en los caprichos de la grande artista ni en su gusto tan pronunciado por las peregrinaciones lucrativas; Rachel se marchaba á Rusia donde la llamaba un ajuste fabuloso, y en nuestros días el talento no resiste á los llamamientos de esa especie. Sin embargo, Rachel se despidió del infortunado autor diciéndole que se llevaba la tragedia, y que á su vuelta la ejecutaría.

La famosa actriz volvió en efecto á Francia cargada de rublos, de coronas, y salió al Teatro Francés donde representa actualmente, á lo ménos una vez por semana, la *Adriana* de Scribe y Legouvé. El autor de *Medea* la recordó sus promesas, sus compromisos, pero Rachel se niega á todo en el día; ni la tragedia ni su papel la gustan.

Después de muchas tentativas para vencer la resistencia de la caprichosa actriz, M. Legouvé entabló una queja ante el tribunal civil, pidiendo que condene á Rachel al pago de 40,000 francos de daños y perjuicios, y á desempeñar el papel de *Medea* en el término de veinticinco días después de pronunciado el fallo, ó de no hacerlo, á pagarle 500 francos por cada día de tardanza.

Un abogado de fama salió á la defensa de Rachel, y la presentó como víctima de su excesiva complacencia por M. Legouvé; por agradecimiento al autor de *Adriana Lecouvreur*, Rachel prodigó algunos elogios é hizo algunas promesas al aire al autor de *Medea*, pero ese papel la repugna y nunca podría representarle sin comprometer su talento de artista y sus triunfos de hace diez y siete años.

El tribunal, después de oír al sustituto que concluye en favor del demandante, aplaza el fallo para la próxima semana, y naturalmente nosotros nos vemos precisados á hacer lo mismo.

MARIANO URRABIETA.

Manufactura de tabacos en París.

El uso del tabaco ha tenido enemigos célebres, entre los cuales cuenta la historia al rey Jacobo I, que por cierto no se imaginaba al proscibirle que un día los productos de esta planta figurarían en el número de las rentas más pingües de la Inglaterra, y Voltaire que persiguió á los aficionados al tabaco con sus satíricas agudezas. En cambio, el tabaco ha tenido poderosos defensores, á cuya cabeza debemos colocar muchos gobiernos que, bajo forma de contribución indirecta, sacan anualmente sumas considerables del derecho exclusivo que se han atribuido de fabricarlo y de venderlo. Bajo este punto, el gobierno francés es uno de los más favorecidos, y sin duda en agradecimiento, no ha descuidado nada por su parte para asegurar la perfección de ese importante servicio, desarrollando su fabricación, todo lo que era susceptible. En prueba de su solicitud, y también como modelo de manipulación industrial, basta citar la manufactura de París situada en el Gros Caillou, sobre la orilla izquierda del Sena, casi en frente del puente de Jena, y que ocupa un ancho espacio comprendido entre la calle de la Universidad, el muelle de Orsay y la calle de la Boucherie-des-Invalides.

Antes de introducir á nuestros lectores en esa manufactura modelo, creemos á propósito exponer en pocas palabras la historia del tabaco en Francia y las vicisitudes de la legislación á que estuvo sometido hasta que su fabricación y venta corrieron por cuenta del gobierno exclusivamente.

Ya sabemos que el tabaco es una planta de América, que se cria también en todos los puntos del antiguo continente, aunque sin embargo sería injusto desconocer la influencia del calor sobre su vegetación y sobre la bondad de sus productos. Por eso los tabacos de los países cálidos, como los del Levante, la América del Sur y sobre todo los de la Habana, son de una calidad superior á todos los demás.

Juan Nicot, embajador de Francia en Portugal en 1500 fué el primero que hizo conocer á los franceses el uso del tabaco, enviando algunas muestras á Catalina de Médicis. Por eso se dió á esta planta su nombre botánico. Sin embargo, el tabaco se consideró durante mucho tiempo como un objeto de curiosidad, y no figuró en los artículos de consumo hasta el año de 1621. El primer arrendamiento que se hizo para el privilegio exclusivo de la fabricación y la venta del tabaco data de 1674.

Tres años después, en 1677, el arrendamiento general pasó á un particular mediante la cantidad de 150 mil libras anuales. En 1714, un año antes de la muerte de Luis XIV, el precio del arrendamiento subió ya á dos millones de libras, y en 1718, le tomó la compañía de Occidente mediante 4,020,000 libras anuales.

En 1719, la venta exclusiva fué convertida en grandes derechos de entrada sobre los tabacos extranjeros, con rebajas sobre los de las colonias, y se prohibió en todo el reino el cultivo de la planta. Esta nueva legislación estaba copiada de los usos de la Gran Bretaña que, con el fin de favorecer á la vez á su marina y á sus colonias, prohibió el cultivo indígena; pero duró muy poco, pues al cabo de varios arrendamientos particulares, en 1730, se reunió de nuevo el privilegio exclusivo de la venta de tabacos al arrendamiento general mediante 7,500,000 libras por los cuatro primeros años, y 8,000,000 por los siguientes. En tiempo de la revolución se hicieron algunas modificaciones en los precios de venta, que se pusieron á 3 libras 6 sueldos la libra de los tabacos de fumar, y á 3 libras 12 sueldos

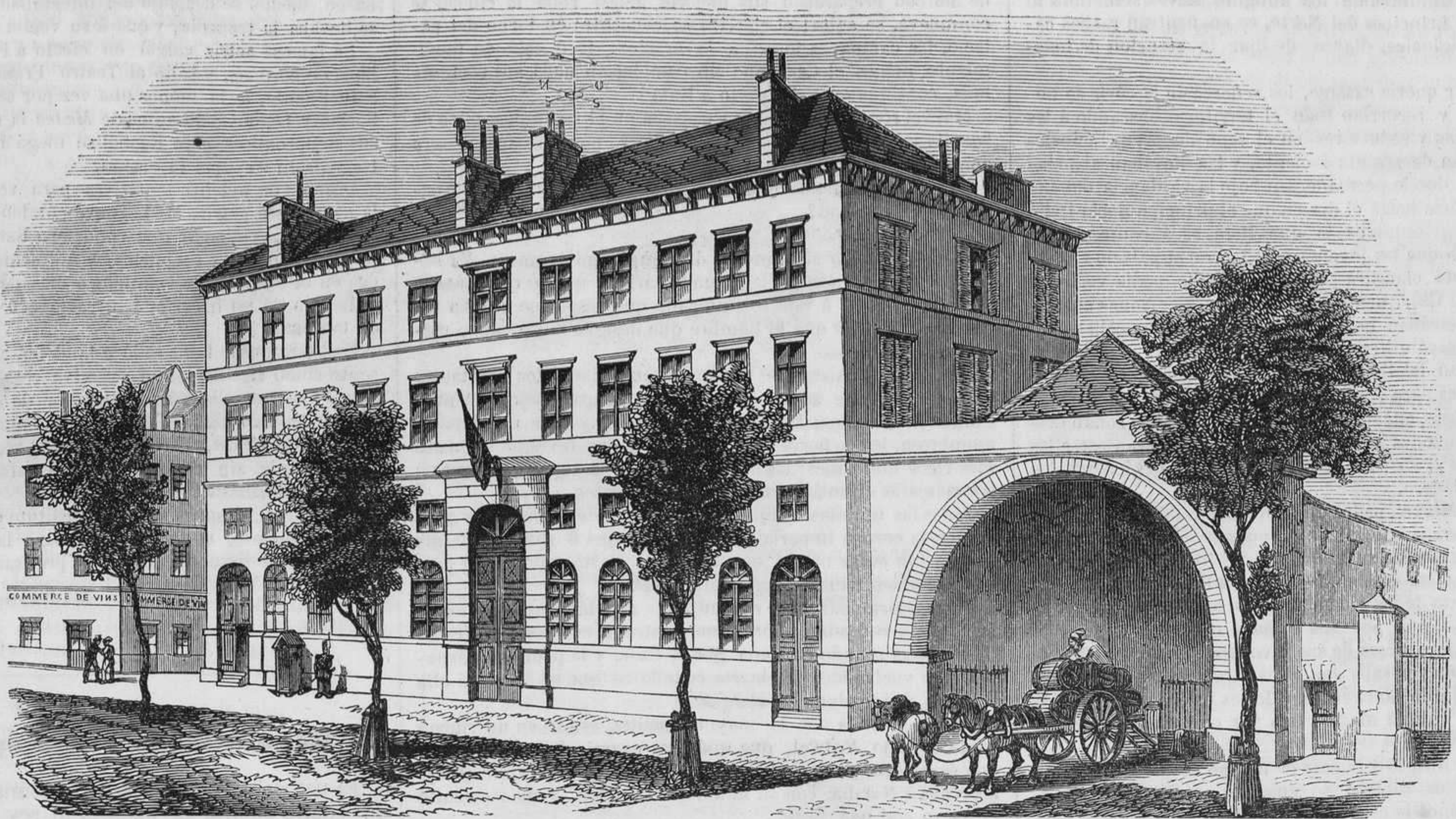
el rapé. La diferencia con los precios actuales no es muy grande.

El arrendamiento de la venta le producía al Estado unos treinta millones de libras; en cuanto al consumo arrojaba un total de 7,366,760 kilogramos.

En 1791 quedaron abolidos los arrendamientos y hubo entera libertad de venta, de cultivo y de fabricación, aunque se impuso un derecho que en poco tiempo sufrió muchas variaciones, hasta que al cabo vino a quedar por cuenta del gobierno. El beneficio de la ex-

plotacion, representa el impuesto. Por el mismo decreto se prohibía el cultivo del tabaco en Francia excepto en seis departamentos, y este estado de cosas ha subsistido desde entonces sin modificaciones.

Para dar una idea de las ventajas del nuevo sistema

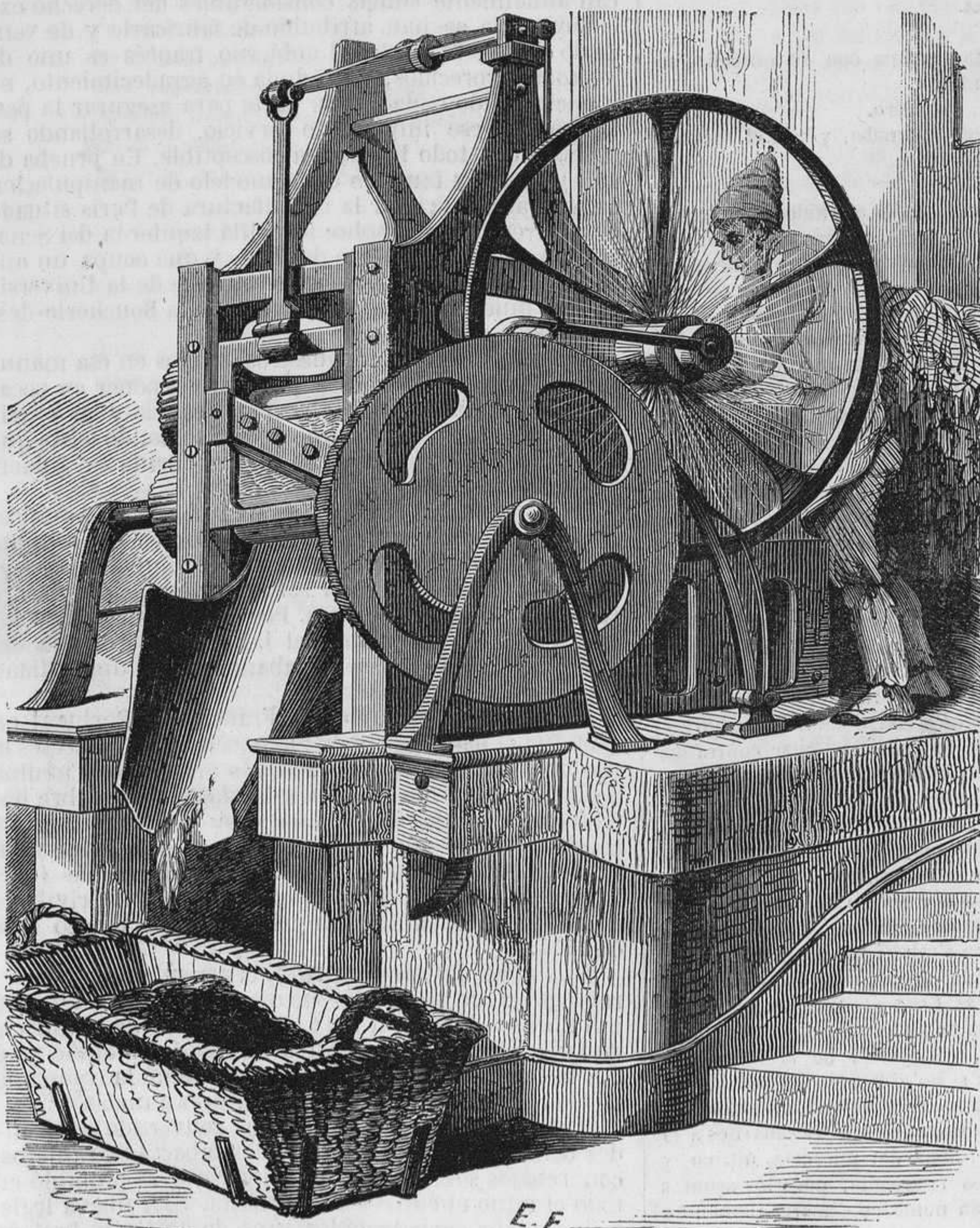


Vista general de la manufactura de tabacos de Paris.

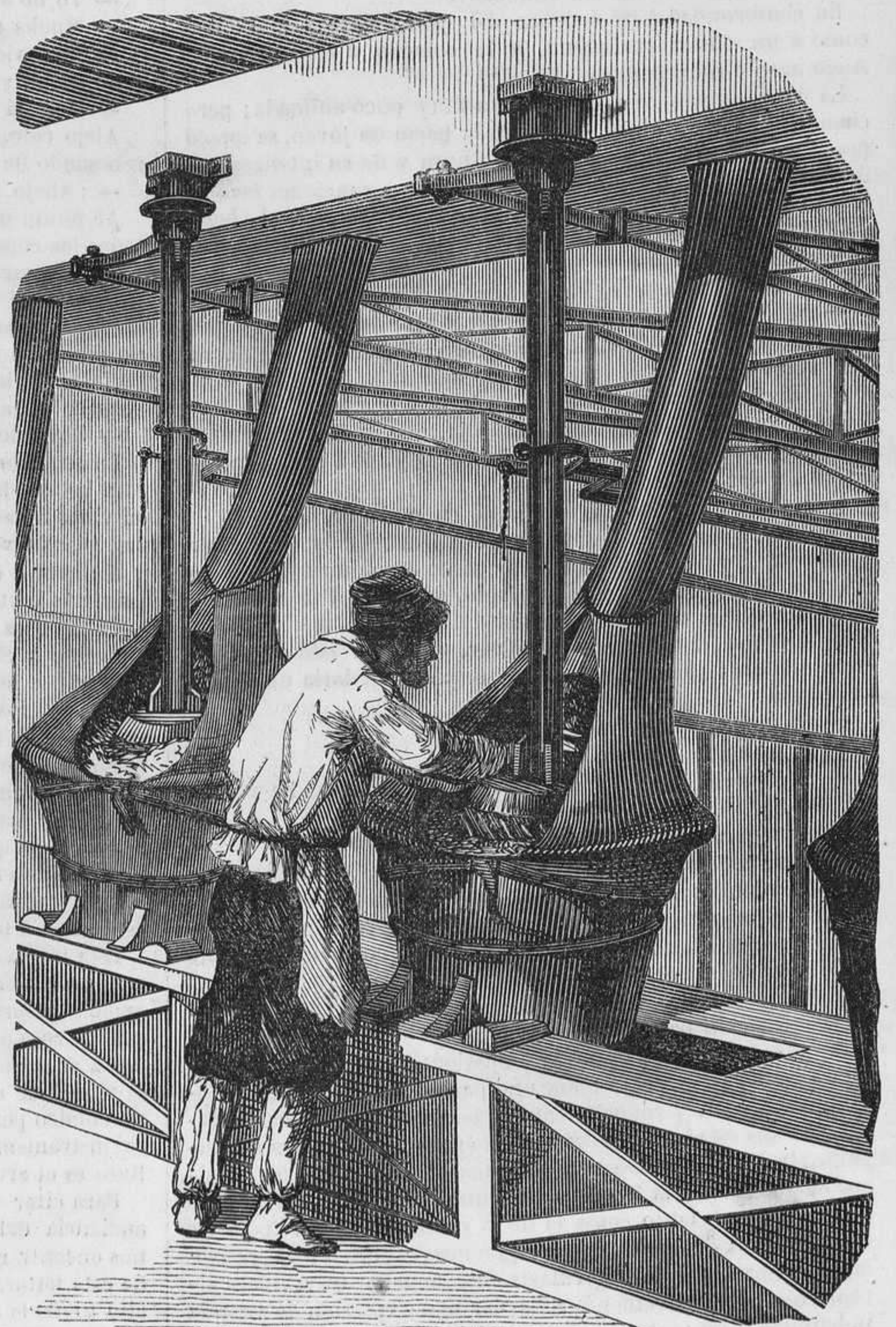
sobre los antiguos, diremos que desde el 11 de julio de 1811 hasta el 31 de diciembre de 1815, el beneficio real para el Tesoro fué de 125,479,145 francos.

Ahora es ya tiempo que nos ocupemos de la manufactura de Paris, donde tienen lugar en grande la fabricación y la manipulación de los tabacos, y que puede

citarse á justo título como un establecimiento modelo. Su valor, según nuestras últimas noticias, es de 4,711,910 francos. Las máquinas y los utensilios en-



Manufactura de tabacos. — Máquina de picar el tabaco.



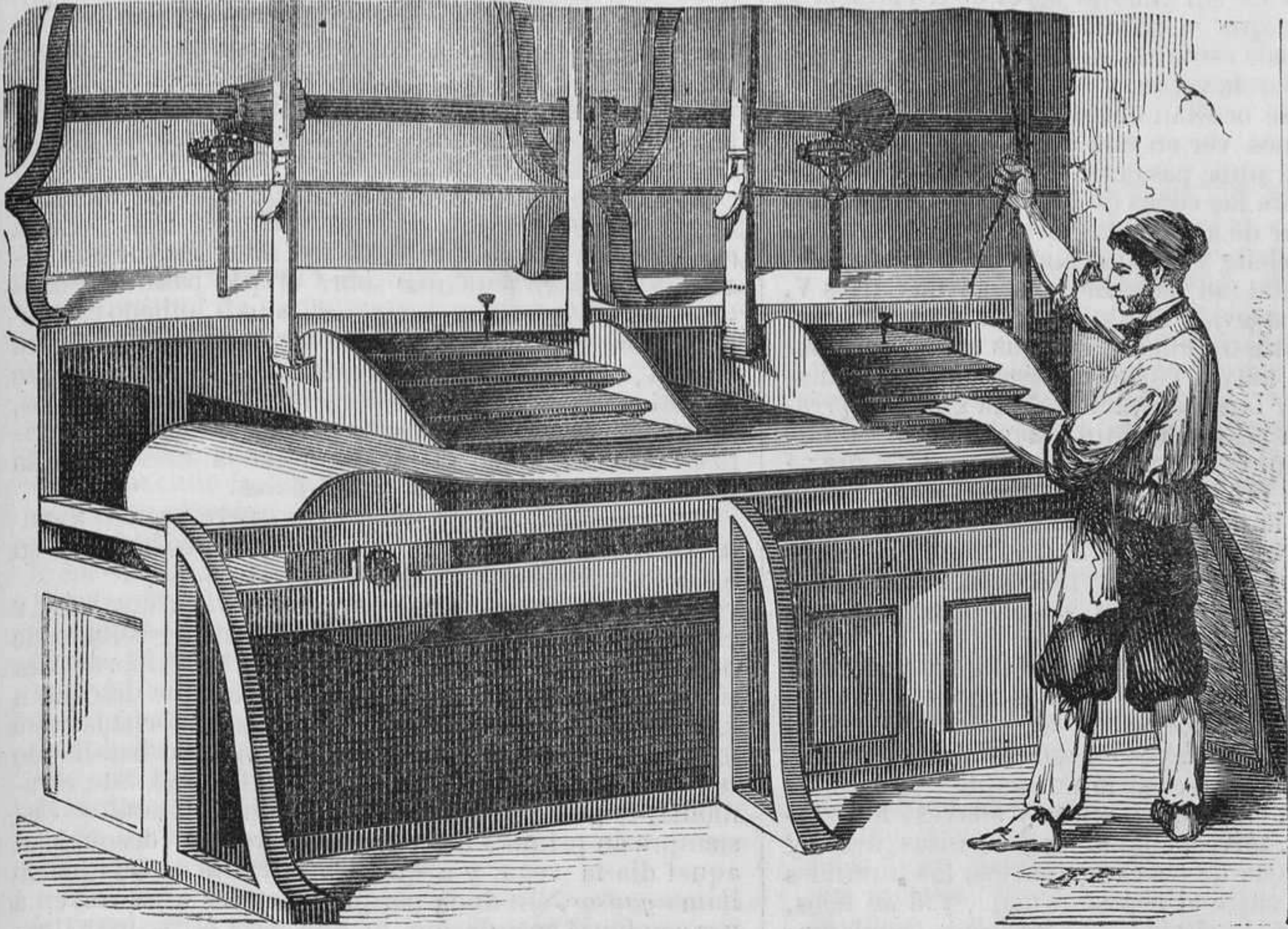
Manufactura de tabacos. — Los Molinos.

tran en esta suma por valor de 672,300 francos. Una máquina de vapor de 60 caballos, construida por M. Hohrof, distribuye el movimiento y el calor en todas las partes de este vasto establecimiento.

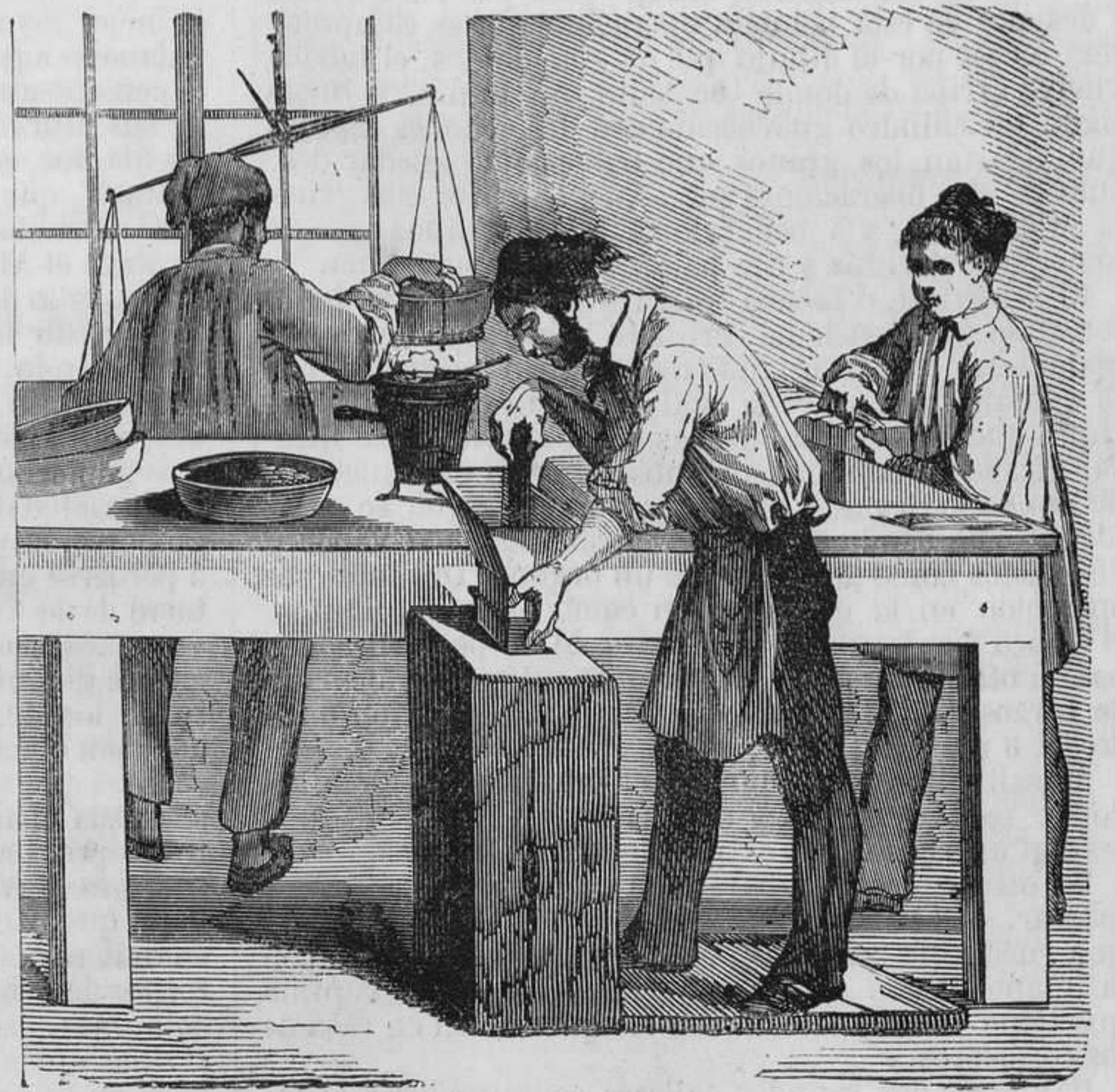
Los tabacos comprados al comercio, según los tipos

designados de antemano, vienen ya secos, operación que se hace en las provincias respectivas y por los dueños del artículo, bajo grandes cobertizos cerrados por dos lados, para evitar la acción de las lluvias, frecuentes por lo regular en la época de la cosecha. Después

vienen los tabacos á la manufactura de Paris, donde les quitan las venas gruesas, operación que hacen generalmente las mujeres. En seguida los remojan con una disolución de sal marina, sustancia que facilita la fermentación, é impide, sin embargo, que tome un carác-



Manufactura de tabacos. — Primera operacion de los cedazos.



Manufactura de tabacos. — Taller para pesar y empaquetar el tabaco.

ter pútrido. El almacén donde fermentan los tabacos ocupa casi en totalidad la parte de la manufactura que da á la calle de la Université.

Cortados despues grosse- ramente, se colocan por grandes masas; á veces se ven hasta 400,000 kilógramos. En este estado, la fermentacion eleva la temperatura hasta 70 y 80 grados, y llegarían á carbonizarse si no se abrieran profundamente esas grandes masas de tabaco. Cuando se supone que la fermentacion ha llegado á su debido punto, lo que se verifica al cabo de cinco ó seis meses, se deshacen las masas, y el tabaco, á lo ménos el que debe convertir-



Manufactura de tabacos. — La fabricacion de los cigarros.

se en rapé, reducido á polvo, es sometido á una nueva fermentacion, pero ménos enérgica, puesto que por lo comun no pasa de 40 grados.

El largo tiempo que exige la fermentacion, obliga á tener almacenadas grandes provisiones. Por lo que precede, se ve igualmente que el trabajo en las grandes manufacturas del gobierno se hace por grandes masas, y con una uniformidad que da los mejores productos. En efecto, se ha reconocido que la fermentacion hace muy bueno el rapé, si bien es verdad que perjudica mucho al *scaferlati*, ó el tabaco que se fuma. Esto explica tambien la superioridad



Manufactura de tabacos. — Ultima operacion de los cedazos.

del rapé francés sobre el que se vende en los países extranjeros.

Despues de todas esas operaciones sucesivas, el taba-

co pasa por unas tolvas que se hallan en el tercer piso para ser rallado despues en los molinos que se mueven al vapor, cuyas ruedas tienen unos acanalados obli-

cuos. De tiempo en tiempo estos conductos se llenan y se atascan, y entonces se limpian con unas varillas de hierro del calibre del conducto.

Al salir de los molinos, el rapé pasa por los cedazos, y después de esta primera operación que se comprenderá mejor por el dibujo que de ella damos, el tabaco vuelve arriba de donde cae sobre un tamiz, y luego sigue un cilindro guarnecido con dos grandes cepillos que aplastan los granos que han podido quedar después de esas operaciones sucesivas. La parte más gruesa sube arriba, y á beneficio de las máquinas pasa de nuevo por el tamiz y cae bajo una forma más fina.

El scaferlati, ó tabaco ordinario de fumar, se halla sometido á otro sistema. Primero le estrujan entre dos planchas, y va adelantando de un modo insensible hasta una abertura sobre la cual juega sin cesar una cuchilla que le corta en hebras de una extremada finura. Picado de este modo, el tabaco cae en un canastillo de donde lo llevan á un enjugador, para que se orée, formado de conductos de cobre, calentados al vapor y dispuestos como los tubos de un órgano. Durante esta operación en la que se pasan como unos 15 minutos, el tabaco pierde un 15 por ciento de su peso. Después pasa á otra pieza sobre un segundo enjugador formado de zarzos de lienzo sobrepuestos. Esta operación dura de 5 á 6 minutos.

Al salir de este enjugador el tabaco pasa al taller donde se empaqueta, y se cierran y sellan los paquetes con una prontitud extraordinaria.

En otro taller se trabaja y se manipula el tabaco de mascar. Las cuerdas delgadas se tuercen por medio de una ruedecilla que el obrero pone en movimiento con las manos, y las gruesas por medio de una máquina que tiene cierta analogía con las que se ven en casa de los cordeleros.

Hay otros dos grandes talleres consagrados á la fabricación de los cigarros, y ocupados únicamente por mujeres. Cada una de ellas sentada delante de una mesa trabaja por cuenta propia; esto es, las pagan según lo que trabajan. Una vez elaborados los cigarros, se dividen por categorías, se llevan á un enjugador particular, y por último se colocan en las cajas que pasan á los almacenes.

Por último en otro taller se fabrican los cigarrillos de papel redondos y largos que con tanto gusto saborean los franceses.

Mil cien mujeres y trescientos hombres componen el personal de la manufactura. A la entrada de los talleres se pasa lista, ántes que cada cual principie su tarea.

La explicación que acabamos de dar de estas diversas fabricaciones bastará para hacer conocer en sus pormenores la manufactura de París; ahora añadiremos algunas noticias sobre el cultivo y el consumo del tabaco en Francia en nuestros días.

En 1843 habia en Francia 8,547 hectáreas de tierra plantadas de tabaco, que produjeron más de 12 millones de kilogramos.

Desde entonces acá, la producción se ha aumentado, con los progresos que el cultivo de esta planta hace en Argelia.

El consumo en el año citado, tanto de tabaco indígena como de tabaco extranjero, fué de 16,990,000 kilogramos, que dieron al Tesoro un producto bruto de 104,368,000 fs., de cuya suma quedó un beneficio real de 77,368,000 fs. De 1843 hasta el día de hoy, la venta ha ido creciendo sucesivamente hasta importar en el último año la suma de 130 millones de francos.

CRONICAS DE GRANADA.

El dos de Enero.

Si alguna vez, lector, tienes la dicha de pisar el suelo de Granada, ántes que hayas sacudido el polvo del viaje, ni hecho modificación alguna en tu vestido de camino, dirígete imitando en esto al distinguido extranjero Gauthier, y por donde más pronto llegues al solitario Generalife; y yo te fío, que tan pronto como hayas tendido la vista al divino paisaje que se descubre desde los miradores de este retiro, exclamarás con aquel poeta francés: «*feliz yo que he visto lo más hermoso del mundo.*» Se presentará á tus ojos un inmenso y delicioso anfiteatro cerrado por una cadena de montañas perdidas en lo infinito y degradados sus colores en leves y nebulosas tintas de carmin y violeta, oscuro azul y refrulgento oro; ó bien por otro lado, vestidas con un eterno manto de blanca nieve, un horizonte claro, siempre alegre y espacioso, donde tu pensamiento volará fatigado tan solo por no poder fijar cual es el término más bello; el suelo de este vasto circo siempre alfombrado de verdosos é inmensos olivares, toda clase de arbolado y espesas alamedas, tapiz florido que remata al pié de la ciudad, y sobre el que se ven derramadas un sin número de aldeas y caseríos con mil pueblos de vista pintoresca: en lo más escogido de este jardín, buscando la espesura, ceñida por dos ríos y entre sus márgenes umbrias, está Granada, encantada con el bullicioso murmullo de sus aguas y el canto de sus ruiseñores, perennes habitantes de aquel Edem. La Alhambra, blason de nuestras glorias con sus torreones y castillos, paisaje raro y cuadro portentoso de templos cristianos, ruinas de mezquitas, palacios y harenas deliciosas, sirve de corona á esa ciudad de maravillas, que parece recostada sobre bosques de arrayán y de rosa-

les. La Alhambra es sin duda la perla de Andalucía y la mejor joya con que la naturaleza y el arte han engalanado aquel país escogido. Cuando los bosques que la cercan se cubren de verde, y los descarnados sillares de sus murallas se ocultan entre las últimas ramas de los álamos, creemos ver en ella una ciudadela de pura fantasía, que cual nube pasajera, vaga por los aires, y háse detenido sobre las copas de los árboles. Allí juntos se alzan el Alcázar de almenadas torres y calados miradores, asilo del deleite y antigua morada de la grandeza y gusto oriental: el soberbio palacio de Carlos V, presentando su atrevido anillo circular sostenido por 32 columnas de orden jónico y con sus preciosos relieves, mutilados la mayor parte (gracias al celo de nuestros gobiernos por la conservación de la gloria y prestigio nacional), la iglesia de Santa María, el torreón de Comares, cuyos muros descansan sobre un tajo que va á perderse en las profundas orillas del Dauro; la alta torre de la Vela, la del Homenaje, los deliciosos Adarves, jardines formados en las nubes y en los que se elevan gigantes cipreses, que mecen sus copas sobre todos los demás objetos, cual airosos penachos que adornan el castillo de un guerrero. Siempre á cualquier hora que se contempla este maravilloso espectáculo, se queda el alma embelesada; pero es imposible dar ni una aproximada descripción de él, cuando al sol al ocultarse envuelve sus rayos en esos celajes de primavera, que hacen del azul espacio un manto de púrpura; cuando se marcan en él, ya oscuros y suaves, los contornos de árboles, torres, chapiteles y cornisas, arcos y columnas, las agujas de los campanarios, las humildes casillas apiñadas entre el espeso ramaje, y á lo lejos, vista en miniatura la ciudad, sus jardines, las alamedas de sus paseos y la ancha vega cuyos mil caseríos se ven iluminando con rojo resplandor, á esa hora en que la melancolía de la noche se acerca, y en que murmuran solos, el ruido de la cascada, las hojas de los árboles agitadas por leve y fresco céfiro, y el lastimero canto del ave de la noche; entonces retrocediendo siglos, imaginamos ver las zambras de los árabes, sultanas entre flores, amores novelescos, desafíos, batallas y *nobles castellanos*. ¡Oh! ¿Quién en la Alhambra no delira?

Al hablar de Granada y sus bellas tradiciones, nada tan digno de mencionarse como la fiesta con que el pueblo recuerda la conquista.

Debilitados los últimos moriscos que la habitaron más por las disensiones y ambición de dos partidos poderosos, rivales en su privación con el trono, que por las plagas que sufrieron del ejército cristiano, que un año hacia los sitiaba, pusieron á Boabdil su rey, en la imperiosa necesidad de impetrar gracia al poder castellano entregándose toda la ciudad bajo las más humillantes condiciones: firmadas estas el día 2 de enero de 1492, y hora de las tres de la tarde á orillas del Genil y en el sitio en que existe la vieja ermita de San Sebastian, hoy (otra prueba de ilustración en las autoridades) convertida en taberna, los reyes D. Fernando V de Aragón y Doña Isabel I de Castilla recibieron de manos del desgraciado Boabdil unas llaves que buscaran en un trío de reñidos combates. Todos los años y en este mismo día celebra Granada tan glorioso aniversario principiando su solemnidad desde la víspera en que á las doce de su mañana, y al toque del Ave-María, la esmeralda perdida de los árabes, la sultana del profeta, Granada la encantadora oye con entusiasmo los redoblados golpes con que la campana de la Vela anuncia un año más pasado desde que las armas cristianas asomaron triunfantes por las erizadas torres de la Alhambra. La bandera nacional ondea en la plaza de armas al pié de la torre de la Vela, y todos los cubos, cortinas y baluartes se van coronando de infinitas personas que suben á visitar lo poco que allí el tiempo ó el abandono van dejando de nuestras grandezas. Un mismo pensamiento vuela rápido á los floridos cármes del Dauro, á las orillas deliciosas del Genil, al viejo Albaicín, á la ciudad memorable (1), antiguo campamento de los reyes católicos, y á los campos, en fin, donde estos mismos rodeados de un ejército de *caballeros* lucharon con los infieles en cien combates. A la misma hora, la roja enseña de aquel ejército *modelo poco* imitado de españolismo y lealtad y que en manos del conde de Tendilla fué tremolado á los gritos de ¡Granada! ¡Granada! ¡Granada se muestra al pueblo que aunque no con tanto entusiasmo por sus reyes, como debieron serlo sus abuelos, oye con gusto las marchas reales y redobles con que las bandas militares hacen los honores á aquel venerable pendon.

Apénas amanece el siguiente día, vuelve la campana de la Vela á sonar ruidosa al impulso tierno y delicado de cuarenta ó más destripaterrones de ambos sexos, que agarrándose á una larga cuerda, confían en que á fuerza de mover el descomunal badajo, se les mostrará el hado favorable en un pronto y dichoso himeneo (2); y no creas, lector, que estas plegarias se practican únicamente por los sencillos paletós; que son allí de ver entrado más el día, muy altas y amerengadas señoras cubierta la mano de blanco y ajustado guante; niñas bonitas de quince primaveras para quienes ya es insostenible la tiranía de la casa paterna; barbilampiónes jóvenes cursantes de filosofía, que aunque sus papás se encuentren separados judicialmente, pintan de mágicos colores el lazo conyugal; candidas mamás de veinte y cinco años cumplidos á los veinte ó más que

(1) Santa Fé.

(2) Esta idea supersticiosa es una creencia para aquellos rústicos labradores.

hace que enviudaron; rancias solteronas y otras mil chucuelas de las que charolan de negro tizne el cabello y visten de atuladas colgaduras sus pulidas calvas; sin que falte á este rosario, tal cual feróstica vieja nada bella y seductora, pero que gracias á una herencia repentina ó cosa semejante, espera que alguno se prenda de sus talentos.

A las ocho ó nueve de esta misma mañana una numerosa concurrencia ocupa ya la Capilla Real: toda la espaciosa y elevada escalinata del altar mayor está invadida del sexo femenino sobre el que pasan circunstanciada revista *los* que, como *ellas* han tomado con anticipación la ida para mejor ver, según cualquiera creería, el ceremonial, pero que mientras este llega, se entretienen inocentemente por supuesto, en cuchicheos, miraditas, sonrisas que parecen risas, y divierten las críticas de las que no se escapa desde la más marchita hasta la más galana de aquellas flores.

Estas indicaciones no son del caso, pero forman apuntes para conocer el gusto que se va introduciendo en los actos más serios y religiosos.

Conducido el estandarte por los nuevos concejales, y en manos del regidor más antiguo, entra escoltado de bayonetas al son bélico de músicas y tambores para ser tremolado al pié de los sepulcros en que descansan los restos de Isabel y Fernando, tumbas adornadas este día, de trofeos que ellos mismos recogieron batallando con los enemigos de la cruz. Cuando llega esta ceremonia, la gente se apiña en confusión, colocándose casi siempre en primera línea los forasteros que despueblan aquel día la vega, y á quienes la gente de buen tono llama *gansos*, sin duda porque todos los años corren á ver con igual entusiasmo, lo que para otros más ilustrados es ya una insulsa antigüalla. Estos buenos españoles en quienes algo vale todavía el honor castellano, sin respeto á gasas ni á blondas, avanzan dando sendos empujones y codazos á la almirada elegancia, pues á trueque de no perder aquel acto, se quedarían gustosos sin comer; nunca faltan entre estos algunos eruditos mentores de los demás, y á quienes explican, con la exactitud que es de suponer, todo lo que allí pasa sin olvidarse de citar al moro Tarfe y al rey Chico, que según lo ponen de pequeño, cualquiera creería que pedía encerrarse en el cascarón de un huevo.

Hechos de este modo los honores á las regias cenizas, pasa el estandarte con toda la comitiva á la catedral donde se canta una misa solemne, y se tremola nuevamente concluyéndose por guardarlo con la misma pompa y decoro.

Esta es la hora en que los balcones de la calle de los Gomeles se ven henchidos de elegantes, distraídas con el inmenso gentío que sube y baja sin interrupción: la calle es un dechado lujoso de colores según la variedad y multitud de chales, sombrerillos, quitasoles, abanicos y demás atavíos que realzan la belleza y amenizan á las *amables*. Deshojados los árboles que forman las alamedas, dejan tenderse al sol derramando una luz purísima en los prolongados paseos que conducen á la fortaleza, y así, nada se pierde, del singular contraste que hoy ofrece la Alhambra. A un tiempo mismo sube la hechicerilla costurera escondiendo su gracioso palmito en la ancha franja de su mantilla de franela, y zarandeando un cuerpecito redondo y bien formado sobre el monísimo pié, que apenas se le ve: esta linda paloma de ojos negros, labio encendido y pequeño, y mirada abrasadora, es cual otras muchas del mismo continente una legitima descendiente de los árabes: un grupo de jóvenes por otro lado lucen airosas chaquetillas que les descubren la cintura oprimida con una vistosa faja de colores, armonizando con otros accesorios y el sombrerito curro: á la par de estos, suben las hijas del novel empleado, que en el año anterior les fastidiaba este paseo, según ha llegado á mis noticias, por no tener más que unos vestidos de verano, y hoy ostentan un lujo escandaloso; el viejo retirado, que conduce del brazo á su parte contraria, compañera de sus batallas con las oficinas del tesoro, pero como rara es la vez que sale vencedor, va de capa, morrion y zapatos de vando, traje único que tiene, y contemporáneo del vestido de alepin que lleva su infeliz mitad; el factor del Zacatín aspado en el rígido frac de cola de pava, acabado de construir, y á lo mejor interponiéndose entre lo más exquisito de la elegancia, entre la vaporosa aristocracia y sus adoradores, entre la espuma del orgullo y la fragancia de la necesidad, un coro de gitanos que al son de un guitarrillo, no cantan como la Esmeralda de Victor Hugo, sino unas coplas de fandango tan melodiosas como trinos que formara al romperse una alta pirámide de ollas y cazuelas. Tras estos suele marchar alguna otra comparsa de gente más cortés; *un laito señores* gritan cuatro ó seis mozos *crus* que llevan la vanguardia: ábrese la gente, échanse á un lado bizarros militares, señoritas desdeñosas, encoquetados galanes, y dan paso á cuatro ó seis garrañones cargados con cestas de comida, ambulantes baterías sobre que descansa cual pieza de montaña un enorme pellejo de lo rico de Pedro Gimenez, y que en cariñosa unión tragina una guitarra, alma principal de aquella fiesta: esta turba compuesta de cinco ó seis familias de artesanos se dirige con tan excelentes preparativos, no á los fondines en que despachan aquel día croquetas ó biftech, sino á las ruinas de un viejo torreón, donde colocan una descomunal sarten y en ella hacen con sus correspondientes tomates una sazónada orchata de rico jamon de Treveles. A medida que en la plaza Nueva ó embocadura de la calle de Gomeles, se teje este vistoso cordón, compuesto de todas clases del pueblo, pobres y ricos, grandes y pequeños, se van llenando los cárme-

nes, huertas, fondas y tabernas; y no siendo la Alhambra recinto capaz para tan numerosa concurrencia, se desborda llenando de pandillas el Generalife, Silla del Moro y Cerro de los Mártires. Por fin, llega una hora, en que asomado cualquiera á la torre que mas domine, no ve mas que un dilatado banquete presidido por la alegría.

Poco despues, cuando el sol principia á entibiarse, la plaza de los Algibes es el sitio donde pasea lo mas escogido (por supuesto en lujo y brillantéz) mientras que multitud de campesinos recorren una por una y detenidamente las estancias del palacio árabe; las clases artesanas saborean los postres de sus merendonas, y las mas bajas estrujan la extenuada bota. Cada una de estas reuniones lleva un tipo particular; en la primera domina todo lo tierno, sentimental y aristocrático, sin excluir la crítica que hace el papel principal: la venturosa elegante que logra lucir el traje de cumillon ó el manton de Manila, tiene tambien la dicha de ser el blanco de la atención general, y ay de la modesta jóven que ha subido con el mismo atavío que bajara días atrás á los paseos del Genil! ni su finura ni sus talentos, ni su angelical hermosura la libran de la tijereta provincial. El segundo tipo basta examinar el gusto que recibe en la contemplación de aquellas poéticas antigüedades, para conocer que es todo español, y con esta sola palabra, está suficientemente pintado. Traslámonos ahora al Cerro de los Mártires á gozar de alguna de las fiestas que componen lo mas *gachon* y *sandunguero* de la gente del barrio.

Sentados en las gradas de un pedestal, que sostiene la pesada cruz de piedra en el atrio del ruinoso convento de los Mártires, está una orquesta formada con media docena de guitarras que *hablan* un sentido y animado fandango, sin olvidar que entre los tocadores hay otras tantas mozuelas *garvosas* que repiquetean con gracia las roncadas castañuelas; otras tantas muchachas de las que hacen el corro, y de las que aunque no padecen de jaqueca cuando les duele la cabeza, pueden inspirar amor á un Dios, dejan caer airosas las mantillas, y al mismo tiempo que dan á su pareja una sonrisa, *zalamera* rompen el baile no con melifluas y vanas comparaciones, sino con aquello de bien *zala*, *vaya un garvo*, *viva eze cuerpo zabroso*: las mudanzas se suceden, el rostro de la niña se colora, pónense húmedos sus labios, animanse sus ojos, y los nuestros no se cansan de ver aquel encanto.

No es ménos curioso que todos estos el cuadro de borrachos que amenizan las tabernas apurando el último ochavo en sangrar el monstruoso tonel del tinto; dichas horas para el tabernero, que de cuando en cuando bautiza con alguna que otra garrafa de agua fresca á aquel gentil pozo de vinazre, mientras que corre el vaso de mano en mano teniendo como es regular la preferencia el bello sexo, enjambre de descaradas pescaderas de rostro bacanal y nauseabundo, que con sus encantos, pasados los primeros momentos de cortesías dan pábulo á porfiadas disputas y feroces puñaladas, con que se abren dulcemente los estómagos sus esposos, amantes y queridos.

Por último, oscurece la tarde, y la puerta de las Granadas es un monstruo que por espacio de algunas horas no cesa de vomitar confiterías ambulantes, tablas con bollos de aceite, horriños de aguadores, elegantes tilburis, majos á caballo, niñas hermosas, feas y detestables, soldados, paisanos, lugareños y tal cual angarilla, que marcha á toda prisa, buscando un hospital.

El pueblo que no pierde fácilmente de la memoria á Boabdil, Zulema, los Abencerrajes y Zegries, Tarfe y Gonzalo de Córdoba, se dirige seguidamente al teatro, que en tal noche es muy curioso visitar, porque allí mas fácilmente se ve el justo entusiasmo que se apodera del pueblo al ver representar la toma de Granada. Noche fatal es esta para muchos con especialidad para los pisaverdes. El teatro este dia es para el pueblo, y el elegante *derrière y comme il faut*, tiene que entretenerse mirando la función, si no quiere emplear sus gemelos con alguna elegante de Alfargue, de Al-andin ó de Churriana, adornada con sombrero de ancha ala y plumas negras con su correspondiente abanico pericon, mas antiguo todo que la conquista. Los palcos están llenos, sino todos, casi la mayor parte, de finos gaceros que bostezan cuando no rien á carcajadas, y no es muy nuevo oír á alguno establecer un diálogo con la parienta, que muy apurada se pelea en la cazuela con una deidad de á cuatro reales, sino es que se encuentra en otro palco fronterizo henchido de cortijeras y chiquillos llorones.

A los pedantes que aguardan ordinariamente á que comience la función, ó cuando ménos á que todos los espectadores se hallen escuchando muy gustosos, para entrar dando taconadas y componiéndose el cabello, substituyen los señoritos de lugar, que tomando el patio por los tendidos pretenden desalojar de la luneta á alguno que se encuentra buenamente acomodado. Las demás localidades están todas repletas de gente que lo gusta, y cuando les parece y el caso lo requiere, porque algun moro se alarga de razones, manifiestan su impaciencia con las exclamaciones de *mátalo y acaba con ese perro*, aquí alguna palabra de las que no corren en el Diccionario. Este es el orden, que puede decirse lleva lo demás de la tragedia, hasta el final, con grande aparato de gaceros y ruido de arcabuces que hace llorar á los niños, reír á los paletós, fastidiar á las señoras, se entiende de buen tono, empagan á los fatuos, y arrancan gritos de entusiasmo al pueblo, que

vuelve gustoso á sus hogares, despues de haberse regocijado con las glorias de sus abuelos.

ANTONIO DE PINEDA.

Extracción del oro y de la plata.

Del acta de una sesión de la Academia de ciencias de París tomamos los siguientes detalles acerca de la extracción del oro y de la plata, que serán leídos con interés en estos tiempos en que preocupa tanto el valor relativo de estos dos metales.

La plata posee muchas cualidades que hacen de ella uno de los metales mas preciosos. Su brillante blancura, el pulimento de que es susceptible, su inalterabilidad al aire seco y aun al húmedo, su dureza, la facilidad con que se funde, se tira y forma hojas delgadas y ligeras, permite su aplicación á multitud de cosas, y en particular á objetos de lujo. En Méjico y el Perú es donde se la encuentra con mas abundancia; luego en Europa, Asia y Africa; en Oceania no ha sido aun descubierta. Pero en todas partes constituye una parte débil del mineral en que está contenida; por término medio entra en la proporción de un cuatro por ciento. Algunas veces es pura, pero continuamente está mezclada ó con metaloides, azufre, cloro, oxígeno, etc., ó con metales, hierro, cobre, arsénico, antimonio etc. Tambien se encuentra en el estado de sal, en el estado de carbonato, por ejemplo.

« Los métodos para extraerla son los tres siguientes: 1º la fusión, 2º la amalgama, 3º el electro químico.

» 1º Cuando está pura ó casi pura, se la limpia cuanto se puede de las materias térreas de que forma parte, y se funde: de esta suerte se obtiene la masa. Si, como el oro y el plomo, ha sido en todas partes uno de los primeros metales conocidos (los aztecas poseían cantidades enormes, segun el testimonio de Hernán Cortés), consiste en que merced á su gran fusibilidad en algunas circunstancias por lo ménos es fácil de extraer.

» Cuando se encuentra fuertemente combinado con otra sustancia, el calor no basta para aislarlo, y necesita la operación ser secundada por la acción química del plomo. Una vez liquidado el plomo con una temperatura conveniente, tiene tal afinidad con la plata, que se apodera de ella molécula por molécula, y hace con ella excelente liga. Si á esta alianza fundida y elevada al calor encendido, se dirige una corriente constante de aire atmosférico, se descompone; el plomo se separa de la plata para combinarse con el oxígeno del aire, y formar con él el litargirio, que como mas ligero, sobrenada y cae por una salida preparada al intento, y deja limpia una nueva capa de liga. Cuando todo el plomo se oxida de este modo, no queda mas que plata pura.

» El plomo debe su empleo en este caso á las dos propiedades que posee; la primera la de separar de todas las sustancias la plata; la segunda, la de separarse fácilmente de esta; esto consiste en que la plata tiene con él mas afinidad que las otras sustancias, y él mismo tiene mas para el oxígeno que la plata. Cuando la química no puede aislar directamente un cuerpo de otro, procura aislarlo por medio de un tercero, de un cuarto y aun de un quinto; lo hace pasar sucesivamente por diversas combinaciones hasta que encuentra una que lo separa. Su objeto es el del conocimiento de las afinidades; con él ha realizado tantas composiciones y descomposiciones útiles á los hombres.

» Así la fusión, sea sola, sea ayudada por la acción química del plomo; tal es el método mas antiguo de los conocidos para la extracción de la plata: este se aplica casi exclusivamente en Europa, pero exige una cantidad considerable de combustible, una fuerza motriz poderosa y mucha mano de obra.

» 2º Las minas mas abundantes de plata se encuentran precisamente en sitios en donde faltan las condiciones que acabamos de indicar. Así, las de Méjico y del Perú están situadas casi todas en las cordilleras, á tres mil metros sobre el mar, al nivel de las montañas mas elevadas de Europa, en mesetas eternamente estériles que no ofrecen en su superficie ningun signo de vegetación, ni en sus entrañas ninguna muestra de carbon de piedra.

» Para explotarlas, era pues necesario buscar una sustancia que pudiese reemplazar el plomo sin tener necesidad de ser fundido: esta se ha hallado en el mercurio. El mercurio, lo mismo que el plomo, tiene mucha afinidad con la plata; él la separa de las demás sustancias con que está mezclada. Sometase á un calor fuerte una amalgama de plata (llámase amalgama la combinación del mercurio con un metal cualquiera), el mercurio, á pesar de su peso se volatilizará, como sucede en el alambique con el alcohol ó un aceite esencial, y la plata queda sola. En la mayor parte de los casos, antes de someter los minerales argentíferos á la acción del metal disolvente, se les hace pasar por diversas operaciones que no describiremos aquí.

» Por este método se extraen los nueve décimos de esas masas prodigiosas de plata que de tres siglos á esta parte han sido entregadas al comercio, introduciendo en el valor nominal de las mercaderías tan sensibles variaciones. Por este método, mas ó ménos modificado sin embargo, se explotan ciertas minas de Europa, las de Huelgoat en Francia, las de Freyberg en Sajonia, etc. Llámase amalgamación, y ella constituye uno de los ramos mas originales de la metalurgia ocupando

un lugar importante entre las invenciones humanas. Este procedimiento fué imaginado en 1557, sesenta y cinco años despues del descubrimiento del Nuevo-Mundo, por un minero español, Bartolomé de Medina, cuya vida no es conocida.

» Si el método americano no consume combustible, consume en cambio mucho mercurio, 1.3 por 1 de plata. Esto consiste en que una parte solamente del mercurio empleado se vuelve á encontrar en la destilación, y lo demás entra en combinaciones de que no podría separarse con los conocimientos actuales. Que por uno de esos acontecimientos, improbables sin duda, pero posibles, tales como hundimientos, una grande abundancia de agua etc., las minas de Almaden dejaran de producir cinabrio (combinación de azufre y de mercurio), la producción del mercurio, limitada en tal caso á la de las minas de la Carolina, seria muy insuficiente, y resultaria tal subida de precio, que equivaldria en cierto modo á una falta absoluta. Fácilmente se concibe que amenazada se veria la extracción de la plata en Méjico.

3º Un tercer método ha sido propuesto muchos años hace por M. Becquerel, y acaba de ser expuesto por su autor en una obra que ha dedicado á la Academia de ciencias: este es el método electro-químico. Está fundado con efecto en la acción química de la electricidad, acción que ha permitido aislar en poca cantidad al ménos en el laboratorio, tantos metales. En primer lugar se prepara el mineral de modo que se transforme en un cloruro de plata, que se disuelve en el agua salada en el máximun de saturación. La disolución bien aclarada se vierte en depósitos de madera, en donde se verifica la descomposición. Este método, que se aplica tambien á la extracción del plomo y del cobre, permite prescindir del mercurio, y en ciertos casos de combustible, pero exige una cantidad muy considerable de sal marina. M. Becquerel ha sometido ya á este método mas de 10,000 kilogramos de mineral procedentes de diversos puntos del globo, principalmente de Méjico, el Perú, Colombia y Altai.

» M. Duport Saint-Clair, antiguo afinador en Méjico, lo ha experimentado tambien, y cree que seria muy útil para América, si el precio del mercurio se aumentaba, y que hoy mismo podria ser usado con ventaja. Los obstáculos que se oponen á su empleo inmediato son segun este hábil práctico: la sencillez de los aparatos de la amalgamación mejicana; el hábito de un arte tres siglos hace conocido y estudiado perfectamente bajo el aspecto económico: la necesidad de operar en masas considerables, para tener fe en el procedimiento, y la obligación de entrar de un golpe en desembolsos tanto mas grandes cuanto que es muy cara toda construcción industrial en Méjico; en fin el precio elevado de la sal marina en aquel país, que pasa á menudo de ocho duros el quintal métrico.

» Estos tres métodos pueden emplearse con provecho en diversas localidades; por una parte, segun la naturaleza del mineral; por la otra, segun el precio relativo del combustible, del mercurio y de la sal marina.

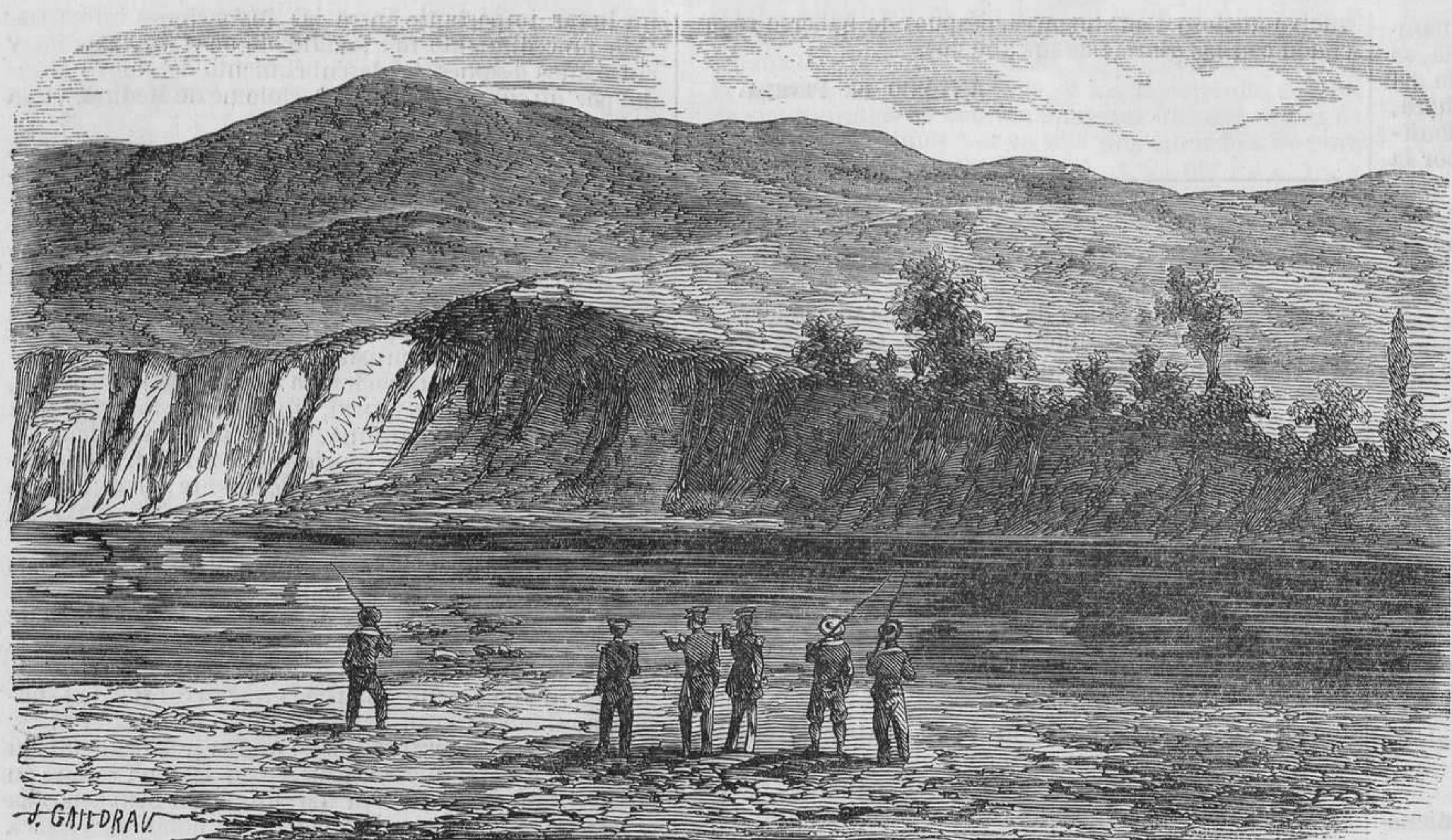
» En una obra de geología de Sir Roderick Murchison, corresponsal de esta Academia, hay un capítulo consagrado á la formación originaria del oro y á su distribución subsiguiente sobre las diferentes partes de la superficie de la tierra; en ella se lee esta interesante conclusión:

» El temor de ver despreciado considerablemente el valor del oro respecto de la plata, no está apoyado en la geología; de todos los metales preciosos, el oro es el mas restringido en su distribución nativa. La plata y el plomo argentífero están por el contrario esparcidos bastante considerablemente en la profundidad, en el seno de las rocas, para hacer creer que deberán ofrecer enormes productos durante mucho tiempo al minero hábil; y cada vez darán mas, á medida que máquinas nuevas mas perfectas disminuyan la dificultad de los trabajos subterráneos. Licito es dudar que las cantidades de oro ó de plata sacadas de regiones que no conocian nuestros padres, parezcan suficientes para subvenir á las exigencias de una población extraordinariamente aumentada, y al acrecentamiento simultáneo del comercio y del lujo. La providencia parece que ha fijado desde el origen del mundo el valor relativo de estos dos metales preciosos; y su relación, permaneciendo igual durante siglos, sobrevivirá mucho tiempo á todas las teorías económicas. La ciencia moderna confirma la verdad de las palabras aforísticas de Job cuando el patriarca expresa la extensión persistente en profundidad de uno de estos metales y la distribución superficial del otro: « Seguramente hay un *flon* para la plata; la tierra tiene *polvo de oro*. »

» Admírese el doble contraste: qué cosas tan bellas y verdaderas ha dicho acerca de la pobreza y el menor precio de las riquezas, Séneca, el filósofo rico, escribiendo sobre una mesa de oro; y he aquí á Job, al pobre Job, que en medio de su miseria, diserta acerca del oro y de la plata con tanta ciencia como el geólogo mas consumado, tan sabiamente como el profesor mas elocuente de economía política! »

La batalla del Alma.

Tenemos á la vista los tres partes dirigidos por el señor mariscal de Saint-Arnaud al Emperador y al ministro de la Guerra, así como el parte del señor vice-



Reconocimiento de un vado por los oficiales del Roland.

almirante Hamelin, explicando con todos sus pormenores la brillante victoria del Alma que inaugura tan gloriosamente la campaña de Crimea, y vamos á extractarlos aquí, deteniéndonos con mas particularidad en los hechos relativos á los dibujos que publicamos, y en los mas tiernos episodios de aquella jornada memorable.

El rio Alma ofrece una corriente tortuosa y muy encajonada; los vados son pocos y malos. Los rusos habian apostado una porcion de cazadores bien cubiertos y armados con buenas carabinas, en el fondo del valle cubierto de árboles, de huertas y de casas, y en la aldea de Burluk.

El príncipe Menschikoff sólidamente establecido en las alturas de la orilla izquierda, y ocupando la aldea á sus piés con 45000 hombres entre los cuales habia 12000 de la guardia y 3000 dragones, juzgaba su posicion inexpugnable. Por eso escribia á su soberano, como lo hemos sabido por la correspondencia que se encontró en su coche con una suma de 50,000 francos: — « Espero á los franceses en una posicion inexpugnable; aun cuando vinieran doscientos mil los arrojaría á la mar. »

El 19 de setiembre, á las doce del dia, la vanguardia francesa ocupaba las alturas de Zembruck al rio Alma. Hasta las dos no se movió Menschikoff, fortificado en la aldea de Alma y en los inaccesibles promontorios de la orilla izquierda. Sin embargo, á esa hora, tomando la inmovilidad del enemigo sobre la línea de Zembruck por una incertidumbre señalada, hizo desembocar en la llanura una fuerte columna de caballería (dragones de la guardia) sostenida por una brigada de infantería; esta demostracion no hizo resultado alguno, hasta que á las cuatro y cuarto, la division Canrobert, que habia

logrado flanquear la derecha del ejército ruso, se mostró al Este de la llanura. Al punto los escuadrones moscovitas se desplazan sobre la derecha, forman un gran círculo y cargan sobre la primera division, que se detiene, y se parte en tres cuadros flanqueados por su artillería. Dos veces la masa de caballos es acogida por un fuego espantoso de fusilería y de cañon; dos veces huye en desorden y busca un refugio bajo la proteccion de sus trincheras.

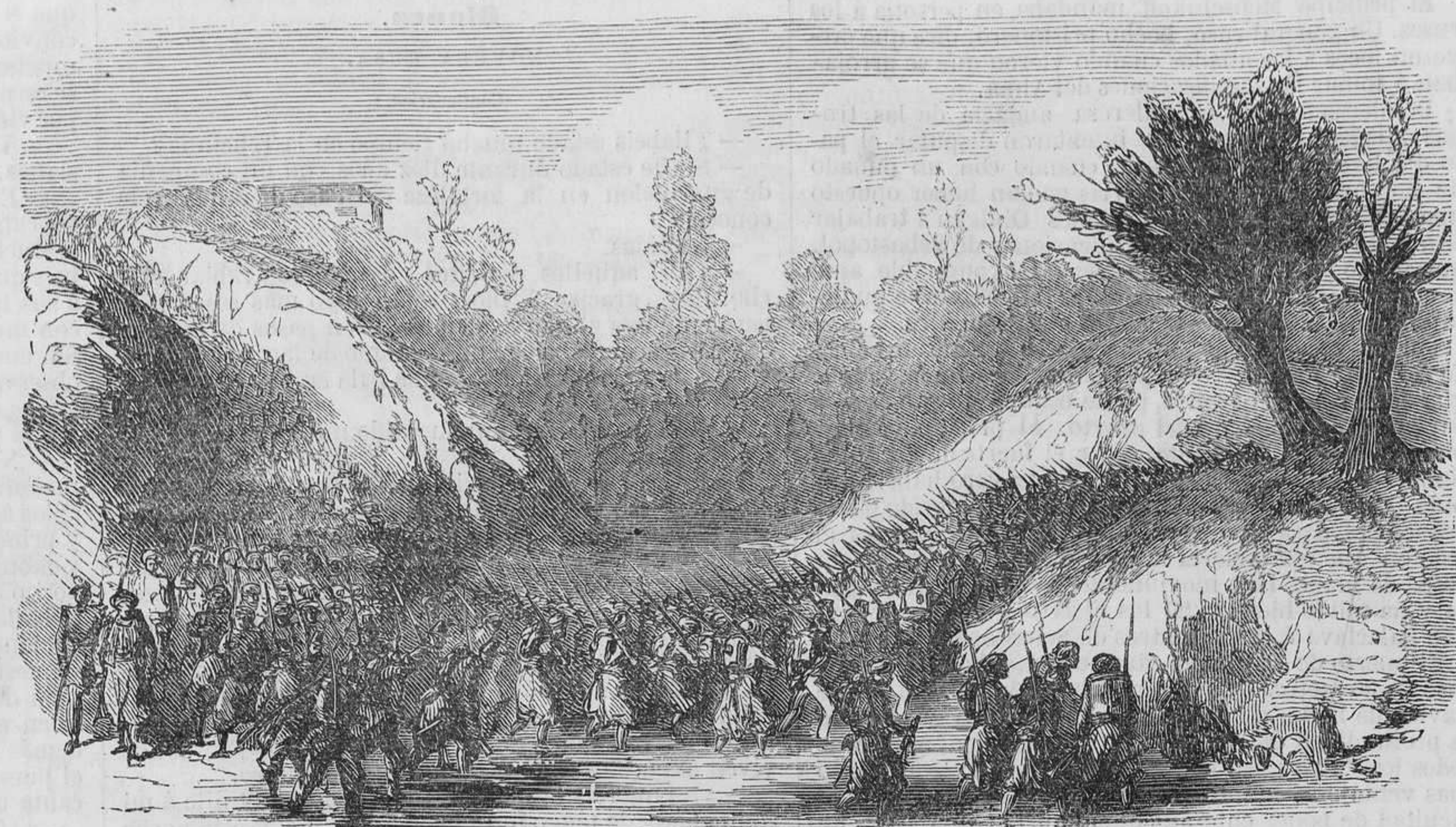
La tentativa hecha ese dia por el general Canrobert para flanquear la derecha de los rusos, les hizo tomar esa maniobra, y todo su ejército se apoyó á la derecha. El 20, su centro se hallaba reunido en el valle que hace frente al puente del Alma, su izquierda, que se habia alejado á un kilómetro de la mar, cubre las vertientes que miran al rio y que siguen á la colina á pico cerca de la embocadura; su derecha cubre todas las alturas que dominan el valle al Este, y por último, su vanguardia y todos los tiradores ocupan la aldea sobre las dos orillas del Alma. Una formidable artillería protege el frente y los flancos; en todas las alturas delante del valle, en frente del rio, se elevan fuertes trincheras. Menschikoff ocupa la torre del telégrafo y desde allí descubre todo el territorio.

Los generales aliados persistieron en las mismas disposiciones que habian tomado la víspera. Únicamente, esta vez no se trata ya de arrojar al ejército ruso hacia la mar, puesto que se ha separado de ella, sino que es preciso envolverle en el valle donde estaba concentrado en masa. Se decidió pues, que los ingleses, que forman el ala izquierda de los franceses, pasarian

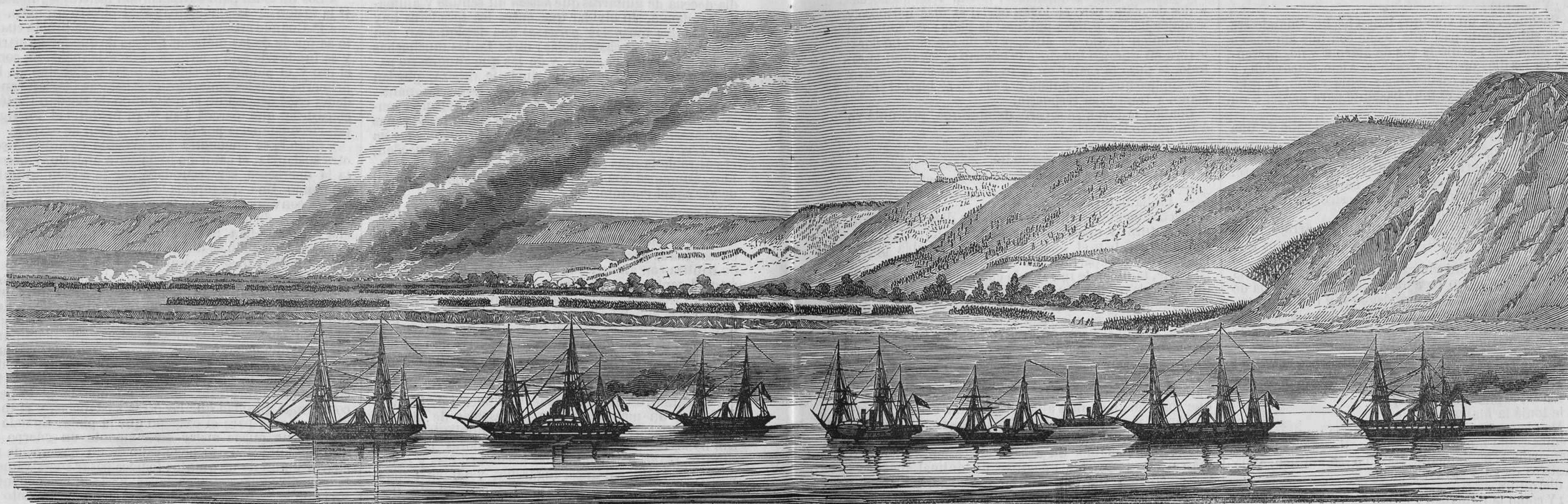
al Este, y que despues, mediante una conversion á la derecha pasarian el ala izquierda rusa que dejaba un gran hueco entre ella y las arenas, y que luego caerian sobre la retaguardia de los rusos y sobre su flanco izquierdo. El mariscal de Saint-Arnaud se encargó de atacar el frente por la aldea, y el puente que conduce al valle, donde estaba lo grueso del ejército enemigo.

Estas disposiciones se ejecutaron en su mayor parte. La segunda division, mandada por el general Bosquet, se adelanta apoyándose en la mar, con una calma asombrosa y digna de los mas bellos tiempos militares de la Francia. El general practica por sí mismo un reconocimiento, y los oficiales del Roland, guiados por su inteligente comandante, reconocen el rio y la naturaleza del terreno sobre sus orillas. — Es un arroyuelo de 15 á 20 metros de anchura, poco profundo, pero con mucho fango. A las orillas de la mar, las arenas se hallan acumuladas por efecto de las olas, y uno á uno pueden pasar por una estrecha calzada. Las cuestas no son escarpadas; nada es mas fácil que superar aquel obstáculo; se informa inmediatamente al general Bosquet, y este ejecuta su movimiento de flanco con tanta inteligencia como vigor. Un instante despues era un gusto ver á los soldados agarrándose á las asperezas del terreno, á las grietas, á las raices, á todo cuanto podia ofrecer al pié ó á la mano el mas débil apoyo, escalando los picos inaccesibles, llegando por fin á las crestas y coronando las alturas ántes de que el enemigo hubiera podido creer á sus ojos.

En el centro se halla la primera division (general Canrobert), á la izquierda la tercera (príncipe Napo-



Los zuavos y los turcos pasando el Alma.



Batalla del Alma.

EXPLICACION DEL DIBUJO DE LA BATALLA DEL ALMA.

Las cuatro primeras alturas se hallan ocupadas por las tropas francesas, casi sin combate. La quinta tiene en su cúspide á la caballería rusa, y á la mitad se encuentra una batería rusa. — Los ingleses marchan haciendo zetas. — Los cañones franceses tiran delante del incendio. — Los turcos se hallan á orillas de la mar, y los franceses de la segunda division pasan el rio cerca del mar. — La primera division se apodera del valle comprendido entre la cuarta y quinta colina. — La tercera division se apodera de la batería rusa. — La reserva permanece delante de la aldea.

leon) con lord Raglan, y los ingleses, la cuarta division (general Forey) forma la reserva.

La accion se generaliza pronto sobre toda la línea. Por ambas partes los cañones cambian balas y granadas. Las tropas aliadas siguen avanzando, destruyendo cuantos obstáculos encuentran.

Por fin, todas las alturas se hallan en poder de las tropas aliadas. El centro, comprometido un instante en el fondo de un ancho valle, sale con bien del peligro. Los ingleses suben por una cresta escarpada bajo el fuego de las baterías rusas y sufriendo grandes destrozos. Una batería francesa corre y marcha en derecha á la que mas los incomodaba; los rusos se hallan en completa derrota, pero no sin haber ocasionado grandes pérdidas á los aliados.

A las tres y media la victoria era completa, y los aliados se habian quedado dueños del campo de batalla.

Los soldados franceses se han distinguido mucho. Los zuavos han sido la admiracion de los dos ejércitos y el terror de los rusos. Un militar ha escrito una carta en que dice que ha visto á un pobre zuavo conservar toda su calma á pesar de que una bala de cañon le habia llevado las dos manos así como una pierna y la mitad del pié de la otra.

Los dos ejércitos aliados se han batido con una intrepidez y un ardor increíbles, desplegando cada uno de ellos en esa memorable batalla las calidades particulares que recíprocamente los distinguen. Mientras que los zuavos, los cazadores y la artillería francesa corrian al enemigo y escalaban corriendo las cuestas mas empi-

nadas, los ingleses, formados en línea, marchaban con su paso ordinario, y sufrían el fuego de las formidables posiciones enemigas, sin parar ni acelerar el paso. Por eso sus pérdidas han sido mas considerables que las de los franceses, pues han tenido 2300 hombres fuera de combate, mientras que sus aliados solo cuentan sobre 1300. El que vió lo que eran esos dos ejércitos bajo la lluvia de proyectiles de toda especie que caia sobre ellos, debe estar convencido de que nada les será imposible combatiendo juntos.

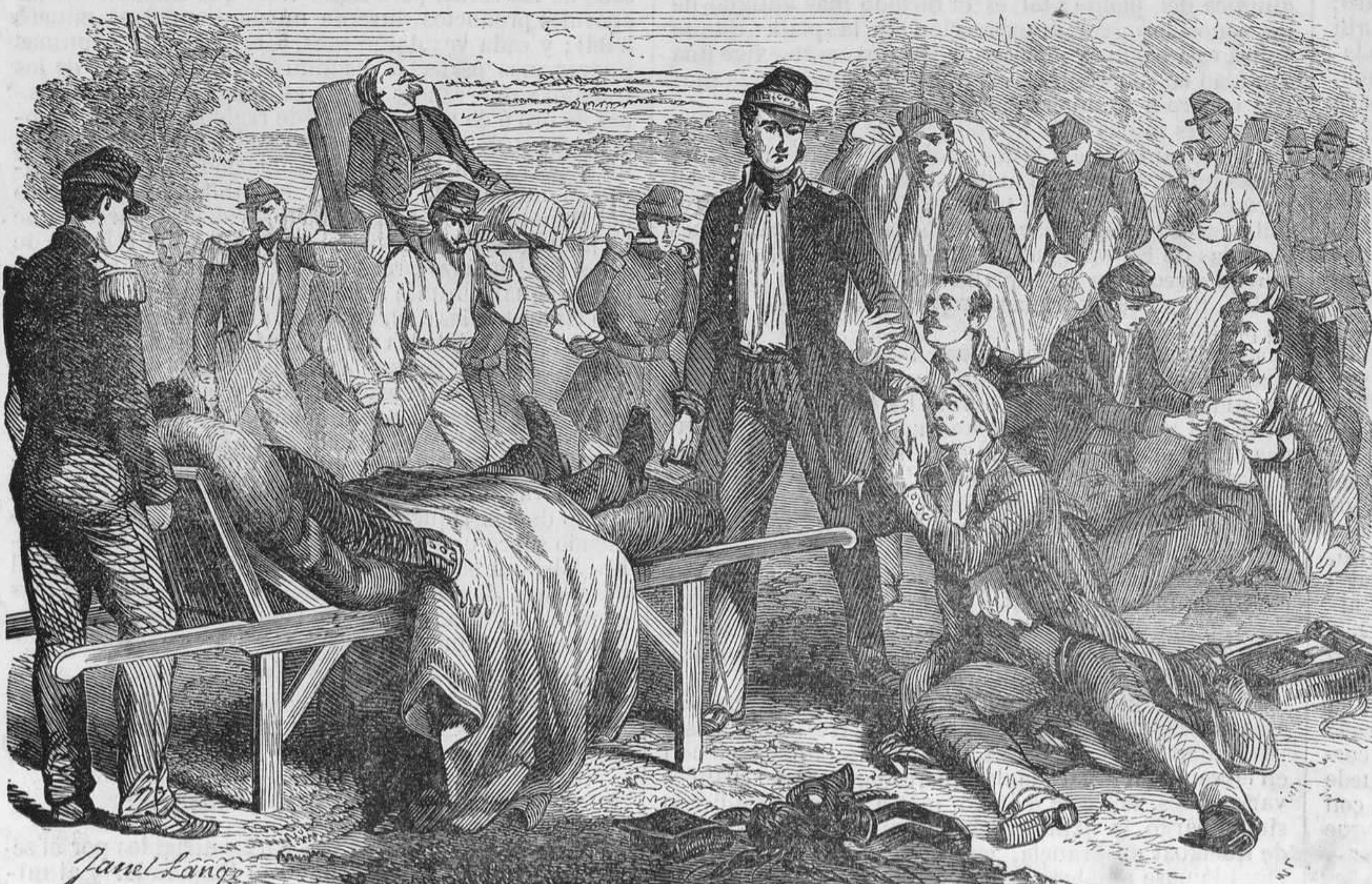
La toma del telégrafo fortificado á la cabeza de la hondonada, que formaba el punto céntrico de la defensa del enemigo, dió lugar á un hermoso episodio. El abanderado del 39 de línea, el teniente Poitevin, plantó valientemente la bandera de su regimiento, y la sostuvo sobre aquel fuertecillo, hasta que murió gloriosamente de un balazo.

La artillería desempeñó un papel principal en esta batalla. La batería del comandante de la Boussiniere, tiró divinamente, y apagó el fuego de las baterías rusas cuando fué á socorrer á los ingleses que atacaban de flanco á los rusos. La batería Toussaint rompió su fuego en el telégrafo, á 400 metros de la infantería rusa que huyó al aspecto de su irresistible arrojó.

Los heridos rusos que quedaron en el campo fueron recogidos y cuidados por los cirujanos franceses. « Uno de ellos, escribe un joven oficial, á quien di de beber un poco de agua, me dió las gracias con una mirada. A otro, que comprendia la compasion que me inspiraba, le manifesté todo mi pensamiento con esta pala-



Soldados franceses transportando á un oficial superior ruso herido.



Soldados rusos heridos besando las manos á los cirujanos franceses.

bra: ; Nicolas! El herido levantó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz, y volvió á caer en tierra, tenia rota la rodilla.

En otras correspondencias hallamos mas de un rasgo tierno y característico.

Varios soldados pasan junto á un oficial general que tenia el pié atravesado de un balazo. — Es un inglés, tendrémos que llevárnoslo, exclaman. — Si por eso queréis llevarme al hospital, dijo el herido, no lo consentiré, pues soy un ruso. — ; Ah! ¿ sois ruso? pues lo mismo da; vamos, camaradas, á echar aquí una mano.

A la otra mañana, carros llenos de heridos atravesaban el campo; habia seis rusos por un francés, y era un tierno espectáculo el ver en el mismo carruaje á un soldado francés en medio de seis soldados rusos. Los infelices, poco acostumbrados á tan buen trato, se hallaban sorprendidos de la benevolencia que les manifestaban; así se han visto soldados rusos que besaban las manos ensangrentadas de los cirujanos que los curaban.

Un zuavo estaba tendido al lado de un ruso. ; Ah! tunante, le dice, me has cortado la mano derecha, pero con la izquierda mataré á un ruso y comeré de su carne. — Pero, camarada, es un soldado como tú, que no ha hecho mas que cumplir con su deber. — Es verdad, no debo quererle mal por eso; ea, aqui tienes mi mano izquierda, pero en cuanto á tu Nicolás, á ese tengo que arrancarle los hígados.

Salvo estas raras excepciones, la mayor calma reina entre esos pobres mutilados. Las operaciones se practican mediante el cloroformo, y en el mayor silencio; se embarca á todos los heridos, y los buques se transforman en hospitales. Este espectáculo bastante triste es el reverso de la medalla.

El príncipe Menschikoff mandaba en persona á los rusos. Un general ruso, hecho prisionero, dice que creyeron locos á los aliados cuando vieron que se arrojan á tomar las fortificaciones del Alma.

Desalentados por la valerosa audacia de las tropas aliadas, los rusos no intentaron disputar el paso del Katcha ni del Belbeck, cuando con un puñado de hombres y algunas baterías podían haber opuesto una larga resistencia á los aliados. Obligan á trabajar aun á las mujeres en las fortificaciones de Sebastopol, que ya no les parece aquella plaza inexpugnable ante la cual debían estrellarse todos los esfuerzos que pudieran hacer los franceses y los ingleses reunidos.

Por los reconocimientos marítimos practicados el 24 de setiembre lo mas cerca posible de Sebastopol, se sabe que los rusos echaron á pique ocho buques mayores para cerrar la entrada del puerto. Al principio se habia tenido la intencion de atacar el fuerte de Constantino que se halla al Norte de la plaza; pero habria habido que sitiarse en toda regla, y se ha preferido pasar Sebastopol para llegar sobre las alturas al Sur, por el lado en que está abierta la ciudad, y tomarla con un golpe de mano. Este movimiento de flanco principió el 24 y ha salido bien; el 27 los ejércitos aliados ocupaban Balaclava á 12 kilómetros de Sebastopol.

El puerto de Balaclava, aunque su entrada no tiene mas de 30 metros de anchura, puede dar cabida á doce navios de línea, en toda seguridad, por lo que hace á la profundidad del agua, además se halla al abrigo de todos los vientos. La ocupacion de este punto es tanto mas ventajosa, cuanto que proporciona á los aliados la facultad de poner enteramente al abrigo una parte de la flota y de los transportes, de desembarcar las municiones y los viveres, y de mantener una comunicacion fácil con Constantinopla y Varna.

CANCION.

Lucha una idea en mi mente,
Y en mi corazon doliente
De continuo abierta está
Herida que el alma siente
Que devorándome va;
Y mientras luchando abrigo
La idea, y tras ella voy,
Mas la herida abriendo estoy
Que habrá de morir conmigo:
Sabe el cielo
El afan con que batallo
Entre un desden que recelo
Y entre un amor que no hallo.

Do amé rigores cogí;
Y con frivola altiveza
Luego burlarme creí
Del poder de la belleza,
Hasta el dia en que te ví:
Ahora busco tu mirada
Con amante desvarío,
Y acobarde el pecho mio
Temor de verte enojada:
Ahora hablarte
Solo, idólatra, deseo,
Y ante el temor de enojarte
Enmudezco si te veo.

Dióme el cielo con mil daños
Un corazon que corrió
Batallando años tras años
Entre ensueños que trocó
Por acerbos desengaños;
Y que ahora ciego se lanza
Tras la ilusion de tu amor
Donde batalla mayor
Mi naufrago pecho alcanza:
Do á saber
Tu desdeñoso desvío
Corro tal vez para ver
Desengaño el amor mio.

Mas, si por dicha te apiada
Ese tormento que lloro,
Esa cadena dorada
De mi vida enamorada
Que arrastro porque te adoro:
Dime adios; que huir prefiero
De mi temerario amor,
Si es cierto tu desamor
Mientras yo amándote muero;
Que es azar
Mayor en trance tan fuerte
Esperanzado adorar,
Que desdeñado perderte.

J. DE GRIJALVA.

Blanca.

NOVELA RUSA.

(Continuacion.)

— ¿Habeis estado mucho tiempo en la Tcheihna?
— Sí, he estado durante diez años con mi compañía de guarnicion en la fortaleza del Paso-de-Pedex: ¿le conocéis?

— De oidas.

— ¡Ah! aquellos malditos nos hicieron rabiar mucho. Hoy, gracias á Dios, están algo mas sossegados, pero entonces el que se alejaba á cien pasos de la trinchera se encontraba con un demonio de larga cabellera, y si gritaba un poco recibia una bala en la cabeza ó un arcan en el cuello (1).

— ¿Sin duda os habrán sucedido muchas cosas?

— Algunas.

Y al responder así principió á atusarse el bigote, y se puso cabizbajo. Yo deseaba sobremanera que me contara alguna historia, deseo natural de las personas que viajan y de los escritores. El té se hallaba dispuesto; saqué de mi maleta dos vasos de viaje, los llené, y puse uno delante de mi compañero, que dijo en voz baja tomando un sorbo: — « Sí, en otro tiempo... » Esta exclamacion me infundió las mejores esperanzas. Sé que á los soldados viejos del Cáucaso les gusta mucho contar historias, sin duda porque rara vez tienen ocasion de hablar con nadie entre los pueblos salvajes, donde viven expuestos cada dia á un nuevo peligro.

— ¿No quereis tambien un poco de ron? dije á mi compañero; le tengo muy bueno de Tiflis, y esta noche hace frio.

— Mil gracias, no lo tomo.

— ¿Y porqué?

— Porque... es un voto que tengo hecho. Cuando era todavia subteniente pasé una noche con mis amigos en una francachela; se dió la voz de alarma y nos presentamos en las filas medio borrachos. Alejo Petrovitch, y no sé como no quiso castigarnos; tenia razon, la soledad y el aguardiente es muy bastante para perder á un hombre.

Al oír esto perdí toda esperanza, pero al cabo de una pausa prosiguió diciendo:

— Cuando los circasianos se emborrachan en una boda ó en un entierro concluyen siempre por pelearse. Buena la escapé una vez, y sin embargo estaba de visita en casa de un príncipe amigo nuestro.

— ¿Cómo pasó el lance?

El capitán cargó su pipa la encendió, arrojó unas cuantas bocanadas de humo, y principió en estos términos:

— Estaba yo con mi compañía en un fuerte mas allá de Terck, hará como cosa de cinco años. Un dia de otoño llega un convoy de provisiones, y con él un jóven oficial de veinticinco años vestido de gala, que me anuncia que tiene orden de permanecer en el fuerte conmigo. Su apostura era tan elegante, su cutis tan blanco y su uniforme estaba tan nuevo, que conocí que habia llegado al Cáucaso hacia poco.

— ¿Os han enviado de Rusia á este país?

— Así es, capitán, me respondió.

Yo le tomé la mano y le dije:

— Me alegro muchísimo; os aburriréis un poco, pero viviremos como buenos compañeros. Hacedme el favor de llamarme sencillamente Máximo Maximitch, y de no vestiros de gala para visitarme.

Le dieron un alojamiento y se instaló en el fuerte.

— ¿Y cómo le llamaban? pregunté yo á Máximo.

— Gregorio Alexandrovitch Petchorin. Era un guapo sugeto, os lo aseguro, pero un poco estrambótico. A veces solía estarse de caza todo un dia á pesar del frio y de la lluvia, sin experimentar el menor cansancio, y en otras ocasiones se encerraba en su cuarto, y porque soplaban un poco el viento afirmaba que tenia frio. Veinte veces le he visto atacar á un jabalí, pero tambien le he visto ponerse pálido y temblar al ruido de una ventana que se cerraba sola. En una palabra, su carácter ofrecia contrastes sin fin, y debia ser un hombre rico porque poseia muy buenas cosas.

— ¿Vivió largo tiempo en vuestra compañía? le pregunté de nuevo.

— Un año nada mas... un año que no olvidaré nunca... ¡Cuántas pesadumbres me costó!... Hay hombres que parecen predestinados á las aventuras extraordinarias.

— ¡Extraordinarias! repetí yo llenando su vaso, y con acento curioso.

— Vais á ser juez en ello. A seis verstes del fuerte vivia un príncipe que estaba aliado con nosotros. Su hijo, jóven de quince años, venia todos los dias á vernos unas veces con un pretexto y otras con otro. Era un mozo determinado y nosotros le echabamos á perder. Solo un defecto se notaba en él, que consistia en una avaricia desmedida por el dinero. Una vez Gregorio Alexandrovitch le prometió en broma que le daria un ducado si robaba la mejor cabra del rebaño de su padre, y á la noche siguiente nos la trajo por los cuernos. Soliamos divertirnos en amenazarle, y en estos casos sus ojos se inyectaban de sangre y echaba mano á su puñal. « Azamak, le decia yo, tu cabeza no estará mucho tiempo sobre tus hombros; tu padre responderá de ella. »

Un dia vino el príncipe á convidarnos á la boda de su hija primogénita, y como eramos sus amigos, aun-

(1) El arcan es una cuerda larga y fuerte con un nudo corredizo.

que él era tártaro, no podimos ménos de aceptar el convite. Al llegar á la aldea nos salió á recibir una muchedumbre de perros dando ladridos; las mujeres se escondieron, y las que pudimos distinguir no eran por cierto muy hermosas.

— Yo me habia formado una idea mejor de las circasianas, me dijo Gregorio.

— Esperad, le respondí, pues tenia un proyecto en mi cabeza.

Mucha gente habia en casa del príncipe, pues ya sabeis que los asiáticos tienen la costumbre de convidar á sus bobas á todos los que encuentran. Nos recibieron con muchos honores y nos llevaron á la sala principal. Sin embargo, por exceso de prudencia tuve cuidado de observar á donde metian nuestros caballos.

— ¿Cómo celebran las bodas en esas montañas? pregunté yo á Máximo.

— No tienen nada de particular. Primeramente el mollah lee un pasaje del Alcoran; luego se hacen regalos á los esposos y á los parientes, se come, se bebe y principian los juegos; algun infeliz estropeado, sucio y montado en un mal caballo hace el payaso para regocijo de los concurrentes. Al llegar la noche comienza el baile en la sala principal. Me acuerdo que un pobre anciano tocaba una guitarra con tres cuerdas parecida á nuestra balalaika. Las muchachas y los mozos forman dos hileras y dan palmadas cantando. Dos de ellos salen en medio y se dicen versos improvisados, y los demás responden en coro. Yo estaba con Petchorin en el puesto de honor; la hija del príncipe se acerca y canta una especie de alabanza.

— ¿Os acordais de ella?

— Me parece que venia á decir esto: « Nuestros jóvenes venes son bien conformados; llevan vestidos bordados de plata, pero el jóven oficial es mas hermoso y mejor hecho, y lleva galones de plata; es como un álamo en medio de ellos, pero no crecer, no florecerá en nuestro huerto » Petchorin se levantó, la saludó, se puso la mano en la frente y en el corazon, y me suplicó que respondiera por él; yo sé bien el circasiano, y traduje su respuesta.

Quando la jóven se separó de nosotros, pregunté yo á mi amigo Gregorio:

— ¿Qué os parece?

— Preciosísima, me respondió.

— ¿Sabeis cómo se llama?

— No.

— La llaman Blanca.

Efectivamente era muy bella. Tenia diez y seis años, alta estatura, y unos ojos negros de gacela cuyas miradas penetraban el alma. Petchorin se habia puesto pensativo y no apartaba los ojos de la jóven que, por su parte, tambien le miraba de cuando en cuando aunque al soslayo. Bien luego noté que mi amigo no era él solo que miraba á la bella princesa: otros dos ojos, dos ojos de fuego, la seguian con avidez desde un rincon de la sala. Descubrí á un antiguo conocido Kasbitch, que no era aliado ni enemigo, pero que tampoco merecia nuestra confianza, aun cuando jamás se mezcló en nuestras contiendas. A veces nos traia carneros que vendia baratos, pero sin permitir que se regateara. Se decia que iba á menudo mas allá del Kuban á exigir contribuciones, y en efecto tenia todas las trazas de un bandido. Era pequeño y ancho de hombros, pero mas ágil que el mismo diablo. Su caballo era célebre en la comarca, y es imposible imaginar un animal mas hermoso. Muchas veces intentaron robarsele, y todos los ginetes tenian envidia á Kasbitch. Me parece que estoy viendo aun aquel caballo; tenia el pelo negro como la pez, las piernas tan delgadas como cañas, y unos ojos como los de la princesa; ¡pero qué vigoroso era, qué bien enseñado estaba!... Habia andado cincuenta verstes corriendo, y seguia á su amo como un perro, hasta reconocia su voz; ¡qué caballo!

Aquella noche Kasbitch estaba mas serio aun que de costumbre, y noté que llevaba una cota de mallá bajo su vestido. « — Por algo se la ha puesto, me dije yo; algun proyecto tiene. »

El calor me sofocaba en la sala y salí un momento para tomar el aire. La noche estaba oscura y los valles principiaban á desaparecer bajo la niebla. Pensé dar una vuelta por la cuadra donde habian puesto á nuestros caballos para ver si comian, y tambien por prudencia... Yo tenia un caballo magnífico que mas de un kabardiense habia mirado con envidia.

Me adelanté un poco junto al tabique, y de repente oigo voces; una, que al punto reconocí, era la de Azamat, el hijo del príncipe; otra, que resonaba mas bajo, se oia solo á largos intervalos. Me vino á la idea que estaban hablando de mi caballo, y apliqué el oido á la tapia, pero á veces el ruido de la música y de los cantos que venia de la sala, me hacia perder el hilo de una conversacion que me interesaba en alto grado.

— Buen caballo es el tuyo, decia Azamat; si yo fuera dueño de la casa y tuviera trescientos potros, te daria la mitad por tu alazan brioso, Kasbitch.

— ¡Ah! dije yo, y me acordé de la cota de mallá.

— Sí, repuso Kasbitch, no se encontraria otro mejor por estas tierras. Una vez mas allá del Terck, fuimos dispersados por los rusos cuyos rebaños quisimos llevarnos. Cada cual se escapó como pudo; yo fui perseguido por cuatro cosacos, oia ya sus gritos y me encontré delante con un espeso bosque. Me tendí sobre la silla, me encomendé al profeta, y por primera vez en mi vida ofendí á mi caballo con un latigazo. El animal se precipitó como un pájaro por entre las ramas; las agudas espinas desgarraban mis vestidos, quizá habria debido deslizarme al suelo y esconderme en las zarzas,

pero no pude decidirme á dejar abandonado mi caballo, y el profeta me dió mi recompensa. Los cosacos me seguían de cerca, sus balas silbaban en mis oídos... en esto llegó á un hondo barranco; mi caballo se para un instante, luego da el salto, y sus patas traseras desgarran la orilla opuesta, quedándose suspendido por las de delante; yo solté las riendas y caí al barranco, pero mi caballo, libre de la carga, pudo salvarse. Los cosacos vieron todo esto, pero creyeron que me había matado y no se ocuparon más de mí, sino que echaron á correr detrás de mi caballo. Mi corazón se desgarraba; subí la cuesta del barranco, miré y descubrí un grupo de cosacos corriendo por una inmensa llanura y mi caballo saltando delante. Uno de los cosacos pasó junto á él, le arrojó dos veces su arcan y estuvo para cogerle; yo temblaba, cerré los ojos y me puse á rezar. Un momento después vuelvo á mirar, y veo á mi incansable alazan que volaba con la cola empujada, libre como el aire, mientras los cosacos se arrastraban vergonzosamente en sus potros medio rebentados. Y juro que digo la verdad en todo esto. Hasta media noche estuve en el barranco, y de repente oigo en la oscuridad un caballo que corre por la orilla rechinando y pegando en la tierra con sus cascos; reconozco á mi alazan, era él, era mi compañero: desde aquel día siempre estamos juntos.

Y vi que acariciaba con la mano el lustroso cuello de su caballo, dándole mil nombres de amistad.

— Si tuviera yo mil potros, dijo Azamat, los daría todos por tu caballo.

— Y yo no los tomaría, respondió Kasbitch.

Azamat prosiguió lisonjeándole:

— Kasbitch, eres un hombre valeroso y un intrépido ginete; mi padre tiene miedo á los rusos y no me deja ir á la montaña. Dame tu caballo, y haré lo que tú quieras; le robaré á mi padre su mejor carabina y su sable, su sable de Damasco, que atraviesa á un hombre sin que haya que hacer fuerzas, y si quieres le robaré también su aljaba, que es tan hermosa como la tuya.

Kasbitch no respondía.

— La primera vez que vi tu caballo, continuó Azamat, brincaba y se ponía de manos contigo encima, y hacia salir chispas de las piedras; entonces pasó en mi alma algo de extraordinario; todo se hizo indiferente para mí; consideraba con desprecio los mejores caballos de mi padre, me daba vergüenza montarlos. Dias enteros pasaba sentado sobre una roca, á cada instante creía ver á tu caballo negro tan gallardo con su cuello derecho como una flecha, que me miraba con ojos penetrantes como si hubiera querido decirme alguna cosa... Kasbitch, si no le vendes me muero, dijo Azamat con una voz trémula.

Me pareció que lloraba, lo que me sorprendió, porque Azamat era muy animoso, y ni cuando era más joven aun se le había visto derramar una lágrima.

En respuesta á sus sollozos oí como una carcajada.

— Mira, prosiguió con voz firme, si quieres robaré á mi hermana para tí. ¿Has visto como baila y como canta? El Sultan de los turcos no tiene una mujer semejante. Si quieres, espérame mañana por la noche en el valle junto al arroyo, que por allí pasaré con ella; ¿no vale Blanca lo que tu caballo?

Kasbitch se calló durante mucho rato, y luego en vez de responder, se puso á cantar á media voz esta canción antigua:

« Muchas bellidades tenemos nosotros en la aldea; sus ojos brillan como estrellas en la oscuridad, muy dulce es amarlas, pero es más dulce todavía la libertad del hombre. Con oro se compran cuatro mujeres, pero un buen caballo no tiene precio; un buen caballo no se queda en la llanura detrás del viento, ni vende jamás á su amo. »

Azamat le suplicaba llorando que consintiera en su demanda, hasta que por fin Kasbitch le interrumpió diciéndole:

— Basta, joven insensato; ¿cómo podrias tú montar á mi caballo? Al cabo de tres pasos te habría estampado los sesos en las piedras.

— ¡A mí! exclamó Azamat furioso. Y la hoja de su puñal de niño resonó en la aljaba de Kasbitch, pero una mano terrible le empujó contra la pared vigorosamente.

— Tendrémos broma, dije yo; corrí á la cuadra, ensillé nuestros caballos, y los llevé al corral. Dos minutos después había un tumulto espantoso en el interior de la casa; Azamat había entrado en la fiesta con los vestidos desgarrados, diciendo que Kasbitch había querido matarle. Todos se apoderaron al instante de sus armas, y principió la gresca.

Solo Kasbitch estaba á caballo y se defendía como un demonio en la calle de la aldea dando tajos á diestro y siniestro con su sable, y abriéndose un camino entre la muchedumbre.

— Mal fin tienen las bodas, dije yo á Gregorio Alejandrovitch tomándole de la mano, lo mejor que podemos hacer es marcharnos.

— Veamos en qué para esto.

— En nada bueno, le respondí. Todos los asiáticos son lo mismo; en cuanto se ponen á beber, ya la tienen armada.

— Pero ¿y Kasbitch? pregunté yo con impaciencia al capitán.

— Kasbitch desapareció bonitamente, contestó el capitán concluyendo su vaso de té.

— ¿Y escapó sin heridas?

— Dios lo sabe; muy listos son esos bandidos.

Al cabo de un instante de silencio, prosiguió el capitán dando una patada en el suelo.

— Hay sin embargo una cosa que nunca me perdonaré: cuando estábamos de vuelta en el fuerte, el diablo me sopló la idea de contar á Petchorin lo que había oído en la cuadra; mi amigo se sonrió, y conocí que meditaba alguna cosa.

— Veamos.

— Al cabo de cuatro dias, Azamat vino al fuerte como de costumbre, y entró en el cuarto de Petchorin, que siempre le daba golosinas. Yo estaba allí también; se habló de caballos, y Gregorio elogió muchísimo el de Kasbitch, diciendo que era tan vivo y tan hermoso, que no podía tener un rival en el mundo.

Los ojos del joven tártaro se encendían, pero Petchorin fingió que no lo notaba. Cuando yo quería hablar de otra cosa, me interrumpía para volver al caballo de Kasbitch, y esto se repetía cuantas veces Azamat venía á vernos.

Noté que aquel pobre joven se ponía pálido y enflaquecía, lo mismo que si estuviera enamorado... Petchorin se gobernó de modo que Azamat estaba á punto de suicidarse; al cabo concluyó por decirle:

— Mi querido Azamat ese caballo te gusta extraordinariamente, pero es muy regular que no le veas nunca; ¿qué darías al que te le regalara?

— Todo cuanto quisiera.

— Pues bien, yo te le daré, pero con una condición... ¿juras que me lo comprarás?

— Lo juro... pero jura tú también.

— Yo te juro que tendrás el caballo, pero en cambio es preciso que medés tu hermana Blanca. Tendrás el alazan á ese precio; supongo que el trato te agrada.

Azamat guardó silencio.

— ¿No quieres? est muy bien; habia creído que eres un hombre, pero veo que no eres más que un niño, y que no estás en edad de montar á caballo.

Azamat se encendió al oír esto.

— Pero ¿y mi padre?

— Tu padre no sale jamás.

— Es verdad.

— ¿Consientes?

— Sí, murmuró pálido como un difunto; ¿cuándo?

— Muy pronto, pues Kasbitch nos ha prometido traernos carneros, y lo demás á mí me toca; piensa en cumplir tu juramento, Azamat.

Efectivamente, cerraron este trato, que por cierto no era muy honroso. Yo se lo dije luego á Petchorin, que me respondió que una circasiana debía considerarse muy dichosa de tener un marido como él, puesto que de hecho lo sería, y que en cuanto á Kasbitch era un bandido á quien había de castigar severamente. ¿Qué podía yo responder á esto? Entonces no sabía nada de su trama. Un dia viene Kasbitch, preguntando si necesitamos miel y carneros; yo le dije que sí, y que volviera al dia siguiente.

— Azamat, dijo Gregorio Alejandrovitch al joven príncipe, mañana será tuyo el caballo, pero si esta noche Blanca no está aquí, no le verás el pelo.

— Corriente, dijo Azamat, y se fué al galope hacia su aldea.

Por la tarde Petchorin se armó y salió del fuerte. Yo no sé como pasó la cosa, solo sé que durante la noche el centinela vió una mujer atravesando sobre la silla de Azamat, que iba atada de piés y manos y con la cabeza envuelta en un pañuelo.

— ¿Y el caballo? pregunté yo al capitán.

— Esperad un poco. A la otra mañana llegó Kasbitch con unos diez carneros, y atando su caballo á la barrera subió á mi cuarto. Yo le hice tomar té, pues aunque fuese un bribon, era un amigo mio.

Estábamos hablando de varias cosas cuando de repente le vi que temblaba y se ponía pálido, y que echó á correr á la ventana, que por desgracia daba sobre el corral.

— ¿Qué tienes? le pregunté.

— ¡Mi caballo, mi caballo! me contestó.

Como yo había oído ruido en las piedras, le dije que sin duda habria llegado algun cosaco.

— No, no; ¡ladrones, ladrones!

Y se lanzó del aposento furioso y con la rapidez de un tigre, en dos pasos se puso en el corral. En vano el centinela quiso cerrarle el paso con el fusil; Kasbitch saltó por encima y se precipitó en el camino. A lo lejos se veía una nube de polvo, y Azamat corría sobre el fogoso alazan.

Kasbitch cogió un fusil, y corriendo y todo lo disparó; entonces se quedó inmóvil un minuto, pero viendo que había errado el golpe, lanzó un grito, hizo añicos su arma contra una roca, y se arrojó al suelo sollozando como un niño. Así pasó toda la noche. Las personas del fuerte se reunieron en torno suyo, pero él no se movió; yo mandé que le llevaran el valor de sus carneros, pero ni siquiera quiso tocarlo. Sin embargo, á la otra mañana volvió al fuerte y preguntó el nombre del ladron. El centinela que vió al joven Azamat como desataba el caballo y huía con él, no tuvo ninguna dificultad en descubrirle. Cuando Kasbitch oyó este nombre se le encendieron los ojos, y se marchó á la aldea donde vivía el padre de Azamat.

— ¿Y el padre?

— Kasbitch no le encontró; habia ido á pasar algunos dias no sé á donde, y sin esto Azamat no habria podido consumar el rapto de su hermana.

Cuando el padre volvió, ya no tenía hijo ni hija; pero el ladron sospechando que peligraba su vida si llegaba á encontrarse con Kasbitch, habia desaparecido. Se uniria con alguna cuadrilla de ladrones, y le matarian mas allá de Terek ó de Kuban, pues ese fué el camino que habia seguido.

Confieso que todo me sorprendió en extremo. En cuanto supe que la circasiana estaba en casa de Gregorio, me puse mis charreteras, me ceñí la espada, y me fuí á verle.

Le encontré tendido sobre un divan en su primer cuarto con la cabeza apoyada en una mano, y sosteniendo en la otra una pipa apagada. El segundo cuarto estaba cerrado, y la llave estaba quitada. Tosi, pegué con mis tacones en el suelo, pero Gregorio no hacia caso.

— Señor subteniente, le dije con voz severa, parece que no habeis notado que estoy aquí.

— ¡Ah! buenos dias, Máximo Maximitch; ¿quiereis fumar una pipa? respondió sin levantarse.

— Ahora no soy Máximo Maximitch, sino que soy vuestro capitán.

— Lo mismo me da... fumaréis un poco... Si supierais la pena que me devora...

— Todo lo sé, respondí acercándome.

— Me alegro, porque no tendria humor para contároslo.

— Señor subteniente, habeis cometido una accion de la que podrian hacerme á mí responsable.

— ¡Qué locura! Hace mucho tiempo que era cosa convenida.

— Nada de bromas, dadme vuestra espada.

— Miguel, mi espada.

Miguel trajo la espada. Después de haber cumplido así con mi deber, me senté junto á él, y le dije:

— Vamos, Gregorio, confíesame que no está nada bien lo que has hecho.

— ¿Qué es lo que no está bien?

— El haber robado á Blanca... y ese pícaro de Azamat... pero en fin, ¿lo confiesas?

— Me gusta mucho.

¿Qué queriais que respondiera yo? Me quedé estupefacto, y al cabo de una pausa, le dije:

— Si su padre la pide, habrá que devolvérsela.

— No por cierto.

— Pero sabrá que está aquí.

— ¿Y cómo lo sabrá?

De nuevo me quedé atónito.

— Escuchadme, Máximo Maximitch, me dijo Petchorin levantándose, sois un hombre honrado... Si devolvemos la muchacha á ese salvaje, la matará ó la venderá; el daño ya está hecho; dejádmela aquí y tomad mi espada.

— Dejádme que la vea, le dije.

— Está ahí, pero no podréis verla hoy. Se halla sentada en un rincón envuelta en una manta, sin decir nada y sin mirar á nadie; es mas astuciosa que una cabra silvestre. He tomado á mi servicio á la mujer del mayordomo que sabe el tártaro, que la servirá, y la acostumbra por grados á la idea de que me pertenece... y no pertenecerá á ningun otro... añadió pegando con el puño sobre la mesa.

Yo en todo consentí; hay personas que le hacen á uno ceder siempre.

— ¿Y se salió con la suya, pregunté yo al capitán, ó murió Blanca en la esclavitud llorando su patria?

— ¿Porqué llorar su patria? ¿No veía desde el fuerte las mismas montañas que desde su aldea? Nada mas necesitan esas criaturas salvajes. Después Petchorin la hacia diariamente algun regalo. Al principio Blanca guardó silencio y rechazaba los dones con orgullo; pero como entonces pasaban á la mujer del mayor lomo, llegaron por fin á excitar su envidia. ¿Qué es lo que no hace una mujer por una fruslería?... Pero dejemos esto. Petchorin estuvo muy atareado durante algun tiempo; aprendió el tártaro, Blanca principiaba á comprender nuestra lengua, pero aunque principiaba á conformarse con su suerte, y solia echar algunas ojeadas al soslayo á su adorador, siempre estaba triste, y cantaba solo á media voz y de un modo tan tierno, que á mí se me saltaban las lágrimas cuando la oía del cuarto vecino. Un dia presencié una cena que nunca olvidaré. Blanca estaba sentada en un banquillo en su aposento, y Petchorin delante de ella, la decia:

— Escuchame, ángel mio, si sabes que tarde ó temprano debes ser mia, ¿porqué me atormentas? ¿Amas á otro?... Dímelo y te dejo volver á casa de tu padre.

Un estremecimiento apenas sensible corrió por su cuerpo, y respondió meneando la cabeza:

— ¿Me odias?

Blanca suspiró.

— ¿O acaso tu religion te prohíbe que me ames?

La joven se puso pálida, y continuó en silencio.

— Créeme, el profeta es el mismo para todos los hombres, y si me permite que te ame, ¿porqué te ha de prohibir que me correspondas?

Blanca al oír estas palabras le miró de hito en hito, como si se la hubiese ocurrido alguna idea nueva. A la vez se habria podido leer en sus ojos la desconfianza y el deseo de que la persuadieran... pero ¿qué ojos!... brillaban como dos ascuas.

— Escucha, mi querida Blanca, continuó Petchorin, ya ves cuanto te amo; á todo estoy dispuesto para devolvete la alegría, quiero que seas dichosa, y si de nuevo te afliges, mi muerte es bien segura. Dime, ¿serás dichosa si yo muero?

Blanca continuaba con los ojos fijos en mi amigo; por último, después de haber permanecido pensativa un instante, se sonrió suavemente é inclinó la cabeza en señal de que estaba vencida.

Petchorin la tomó la mano y la suplicó que le permitiera estampar en ella un beso; pero Blanca decia defendiéndose débilmente:

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

— No, no, no quiero.

Mi amigo insistió, y entonces ella con lágrimas en los ojos, le dijo :

— Soy tu prisionera, tu esclava, puedes obligarme á todo, ya lo sé; y se puso á sollozar fuertemente.

Petchorin se dió con el puño en la frente y se marchó al otro cuarto.

Yo entré detrás de él, y le encontré paseándose con aire sombrío y con los brazos cruzados.

(Se continuará.)

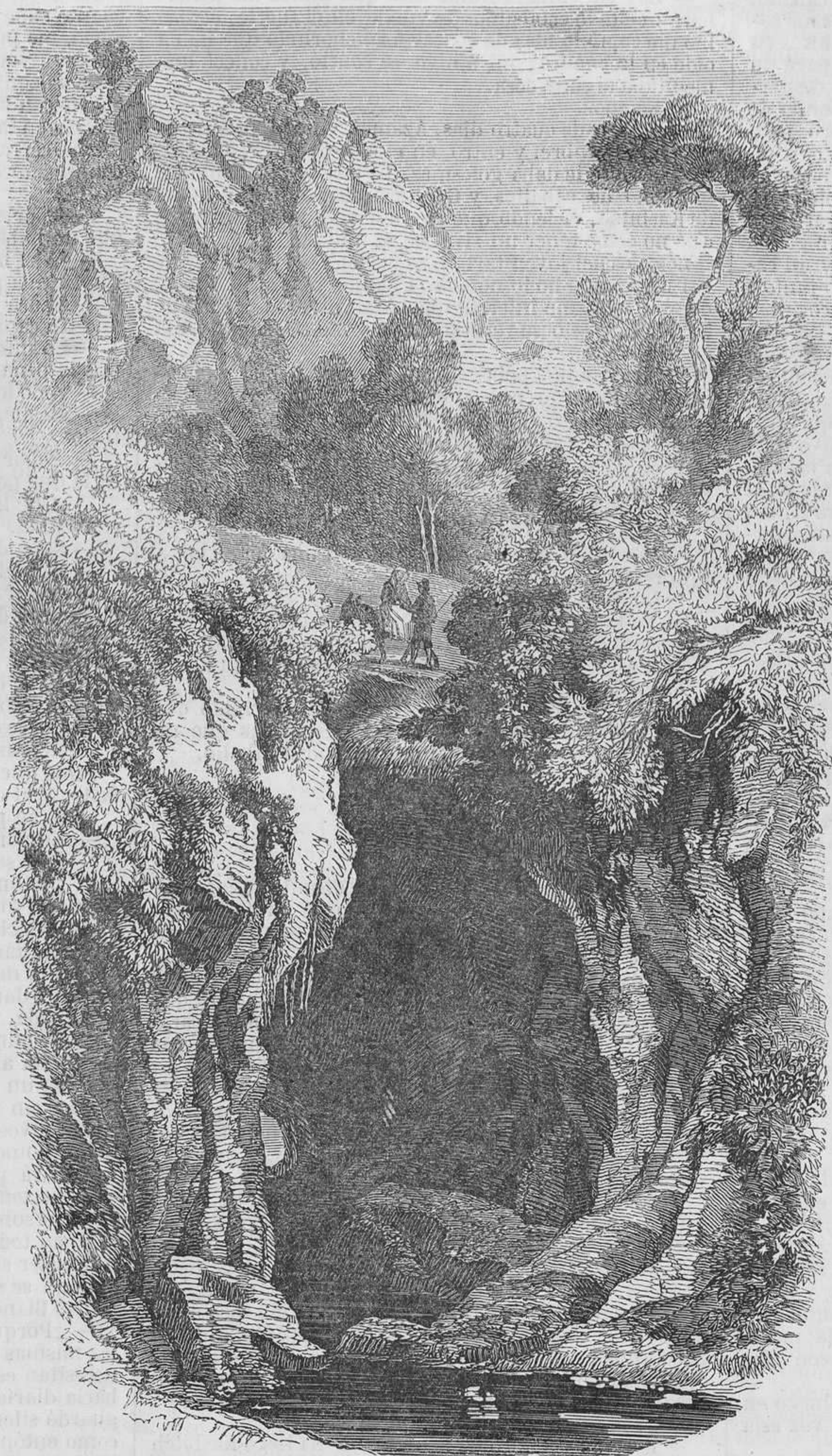
La gruta de San Andrés en Niza.

Un escritor francés que ha visitado el verano último la ciudad de Niza, sobre la cual hemos publicado nosotros recientemente un artículo descriptivo acompañado de sus correspondientes dibujos, ha trazado las siguientes líneas acerca de esa ciudad encantadora, y de una de sus particularidades mas notables, la gruta de San Andrés, que es el asombro de todos los viajeros.

« La vegetacion en Niza es sorprendente, dice el autor de esta carta; los árboles azules, los olivos, coronan las colinas y las montañas; el cielo rosado por la mañana y de color de lila por la tarde se conserva de un azul transparente todo el dia. Los campos se hallan cubiertos de rosales; hay praderas de resedá y de violetas de Parma, y los cercados son de rosales de Bengala y de jazmines. — Otros países piden á la tierra la satisfacción de las groseras necesidades del estómago; este se ocupa únicamente de las flores y de los perfumes. En el mes de mayo el aire puede decirse que embriaga, tan cargado está del aroma de los naranjos.

» Por ese motivo el cólera que acaba de sembrar la desolacion en las costas del Mediterraneo, ha dado vueltas al rededor de Niza, como un lobo hambriento al rededor de un aprisco. Pero ¿qué habia de hacer en esta ciudad donde por la mañana la brisa de la mar limpia y purifica la atmósfera de los miasmas de la víspera, que los cálidos de topacios, de rubíes y de amatistas de las flores reemplazan con deliciosos y variados perfumes?

El cólera se ha llevado traidora y vergonzosamente algunos enfermos, algunos viejos y algunas personas



La gruta de San Andrés, en Niza.

que se inclinan sobre el agua para respirar por sus anchas hojas la frescura que no pueden exigir de la tierra.

» Desde lo alto de la gruta, entapizada interiormente de yerba menuda, se derrumba una cascada que vela el fondo de la caverna con un cortinaje transparente. — Cuando se llega por el otro lado de esta fresca colgadura, se descubre el torrente que allí donde el terreno es liso todavía, corre como un arroyuelo límpido y bullicioso; sus aguas reunen sobre su superficie todos los rayos luminosos que se deslizan en la gruta, y la vista le sigue en la oscuridad hasta un punto donde alumbrado sin duda por alguna grieta que existe en lo alto de la roca, se le distingue claro y diáfano como si estuviera iluminado con fuegos de Bengala.

» Si vieramos en el teatro una decoracion que reprodujera exactamente la gruta de San Andrés, diriamos que era exagerada y de un efecto rebuscado, y añadiriamos que el pintor tomaba sus asuntos en su imaginacion, sin acordarse de la naturaleza.

» Bajo la bóveda de terciopelo verde de la gruta, hay mil pájaros ocultos en sus nidos, que pagan con melodías francas y sencillas la hospitalidad que allí reciben. »

A. K.

Los hombres con rabo.

Varios periódicos de Paris se han ocupado recientemente de los hombres con rabo, considerándolos como una raza, y con este motivo M. Tremaux que ha visto los pueblos que parecen designados por varios de los narradores africanos, que han salido á relucir en la cuestion presente, ha publicado un extracto de sus investigaciones de viajeros, desmintiendo el hecho, del cual tomarémos nosotros algunos pormenores.

Veamos primeramente con M. Tremaux cuales son las narraciones que podrian hacer creer en la existencia de semejante raza.

Sobre unos veinte negros del Haussa y de sus cercanías que pudieron suministrar las noticias recogidas por M. Castelnaud, solo tres pretenden haber visto hombres con rabo; otro dice que solo ha visto niños, advirtiendo que el rabo en

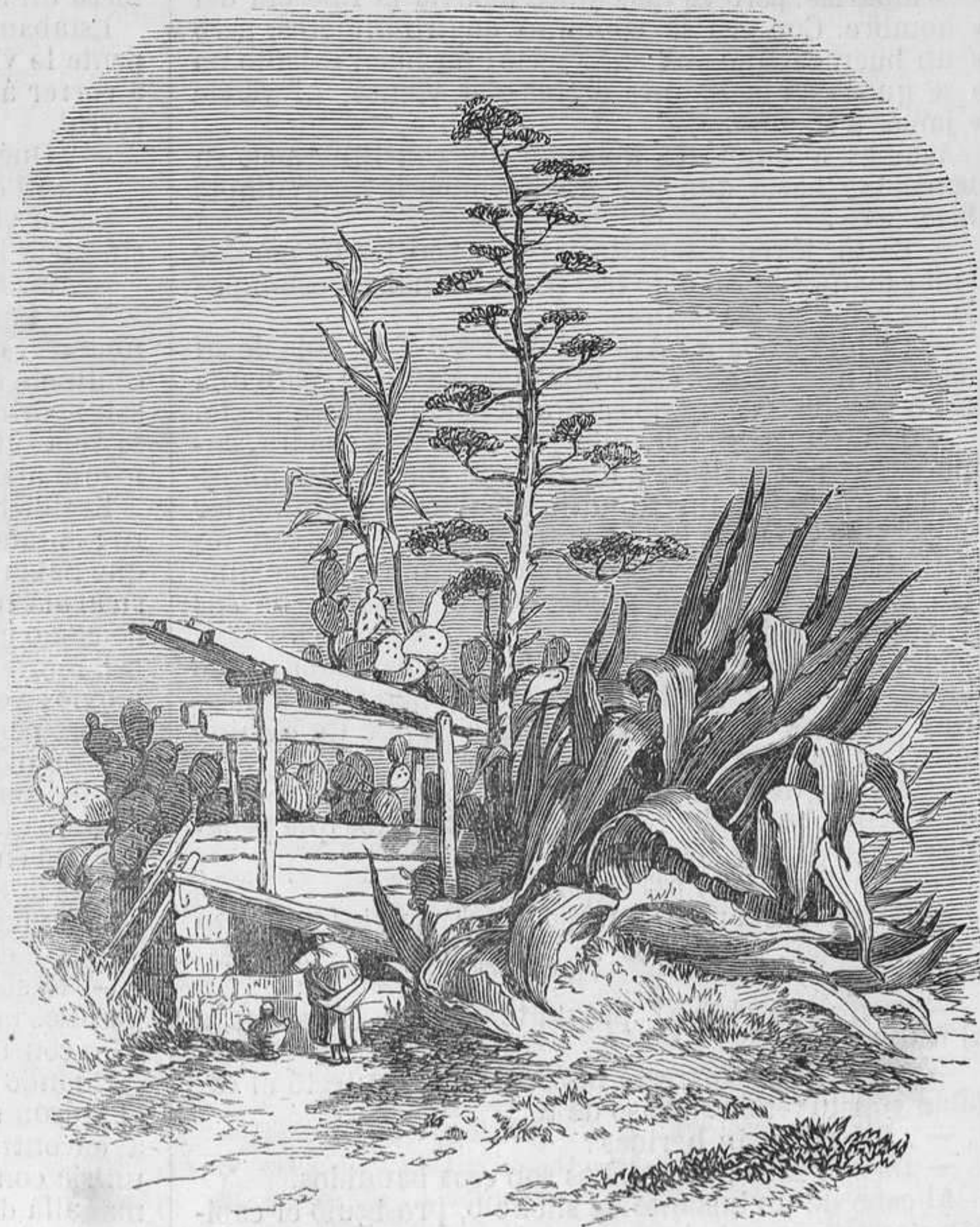


gastadas que tambien se habrian marchado sin el cólera. A decir verdad, la epidemia no ha estado en Niza; solamente, el miedo que inspiró, redundó en beneficio de la ciudad y de los extranjeros que acuden á pasar el invierno bajo este hermoso clima: la ciudad se ha limpiado, las casas se han blanqueado, la policia ha tenido cuidado con los artículos de consumo, etc., etc.

» Una de las curiosidades mas notables que se ven en las cercanías de Niza, es sin contradiccion la gruta de San Andrés, á las orillas de un pequeño torrente sobre cuyas riberas escarpadas, maduran riquísimas fresas, á la sombra de las higueras silvestres.

» La gruta termina el fondo de un valle muy estrecho; las enormes rocas donde sin duda la abrió el torrente, se hallan cubiertas de higueras que han ido deslizándose sus raíces en las grietas de la piedra, y

La vegetacion en Niza.



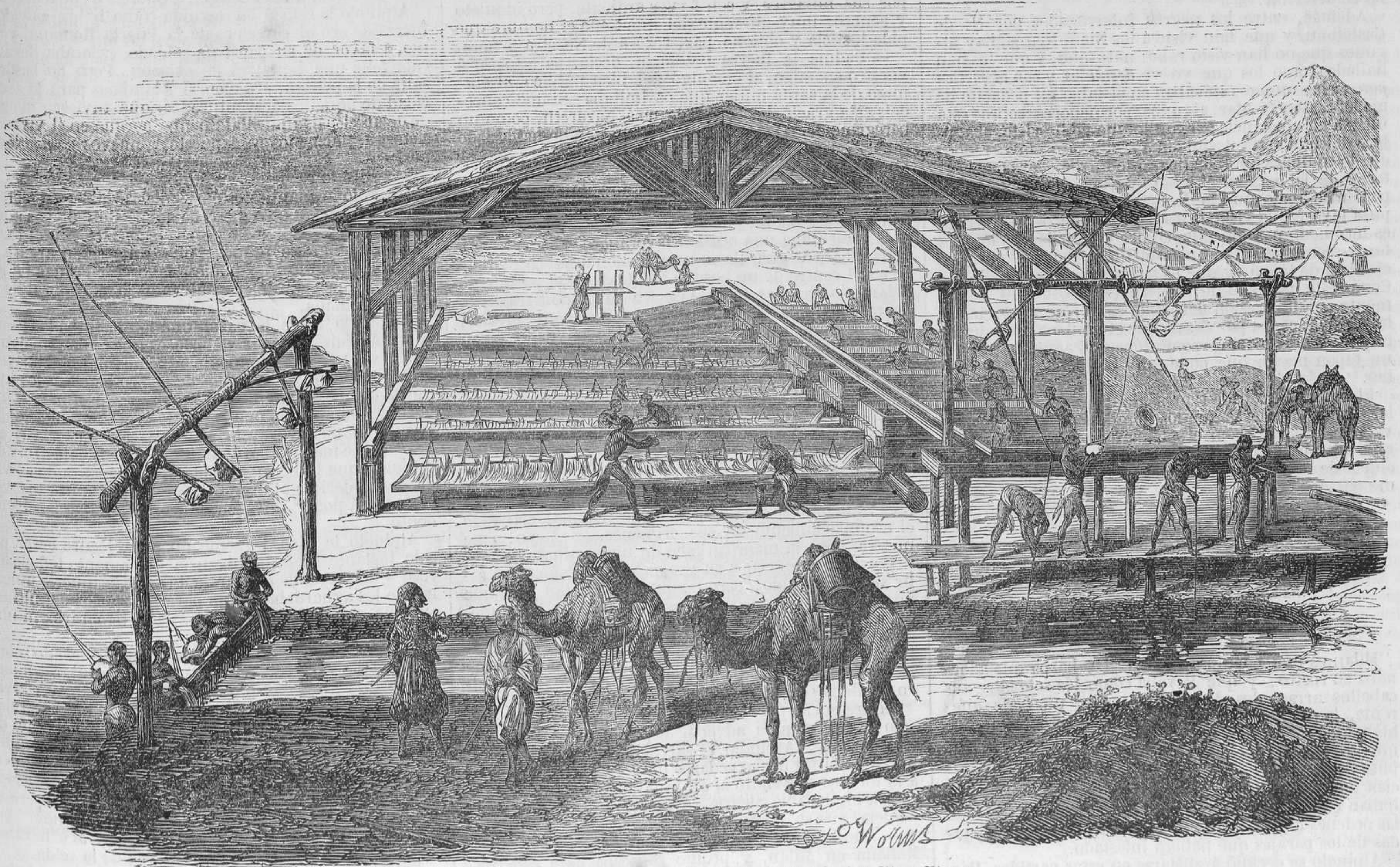


Viaje al Sudan oriental. — Entrevista de un jefe negro con un rey senariano.

cuestion tiene de 30 á 40 cent. segun los unos y hasta 70 segun otros; M. de Couret dice que el rabo solo tiene de 8 á 10 cent. de largo. Tres de esos negros han visto Niam-Niams *sin rabo*; les dijeron que otros le tenian, pero ellos lo único que vieron es que su vestido consistia solamente en una piel atada á la

cintura. Otros cuatro negros han oido decir que los Niam-Niams eran hombres con rabo. En un artículo del *Boletín de la sociedad de geografia* (número de enero de 1852) se reasumen de este modo las noticias recogidas sobre el asunto: « M. de Couret anunciaba como cierta la existencia de los hombres

con rabo en Africa, aunque sin justificar su aserto. Posteriormente M. Rocher de Hericourt, viajero en Abisinia, no que *habia visto* hombres con rabo, sino que habia oido decir que existian. Muchos años ántes algunos viajeros habian escrito en el mismo sentido, y en 1677, un holandés llamado Juan Struys, hombre á la verdad



Aparato para lavar las arenas auríferas en el país de los Niam-Niams.

poco digno de crédito, aseguraba haber visto un individuo con un rabo de mas de un pié de largo, etc »

En una leyenda china y japonesa se hace mencion de hombres con rabo, que segun unos es largo y velludo, y segun otros cortó y pelado, como el de la tortuga. Horneman cita tambien á los Niam-Niams á quienes coloca entre la Abisinia y el golfo de Benin, y que le aseguraron estaban provistos de ese apéndice. M. de Abadie habla de un sacerdote abisinio que le contó la existencia de hombres con un rabo de á palmo, cubierto de pelo; los tales hombres decia que iban todos los años á la feria de Berberah. Las mujeres de ese país, situado á quince jornadas al Sur de Harar, son hermosas y carecen de rabo. M. de Abadie dice que estando en Tigray, en Gudar y en Gojjam, colocaban ese país al Sur, y que estando en Kambate y en Kaffa le ponian al Norte. Segun esas noticias, el país en cuestion se hallaria situado al Oeste de la línea que recorrió el viajero, esto es en las montañas que separan las fuentes del Nilo.

En cuanto al país indicado por los negros de M. Castelnau, dicen que está mas cerca del golfo de Benin, y como yo he penetrado, dice M. Tremaux, en esas misteriosas regiones con una expedicion de Mehemet-Ali, que salió en busca de oro, puedo dar á mis lectores algunas noticias sobre la oscura cuestion de que nos vamos ocupando.

Estando en el Fa-Zoglo, mas allá del Sennar, tambien yo me he quedado atónito con las narraciones de los indígenas. Las gentes á quienes pediamos noticias sobre los pueblos en donde debiamos penetrar, nos los designaban unas veces con el epíteto de *hombres con rabo*, y otras con el de *hombres con pieles*. A pesar de esta confusion, no tardé en reconocer que se trataba de una cosa muy sencilla: he aquí lo que se ofreció á nuestros ojos en el país de los Gumuss, de los Gurum y de los Homotché.

Echanlo una ojeada por los dibujos que acompañan á este artículo, verá el lector que los hombres van completamente desnudos, salvo una piel que llevan por detrás y que termina en forma de rabo; que este rabo artificial puede ser corto ó largo, liso ó velludo, segun como la piel está curtida, y que las mujeres no le llevan en esta comarca, si bien pueden llevarle en otras, pues esta piel parece destinada principalmente á formar un asiento blando. Bajo este supuesto las mujeres podrian llevar la piel lo mismo que los hombres, si el estado de degradacion en que viven no les impusiera costumbres mas duras. En cuanto á la punta en forma de rabo es para estirar la piel con mas facilidad por debajo cuando se sientan.

Vemos pues que no solo estos países corresponden con los indicados por los señores Horneman, Abadie, y Rocher de Hericourt, sino que la costumbre de llevar esas pieles ha debido producir el error mas ó ménos voluntario de los narradores africanos, que gustan en extremo de las cosas maravillosas. Todas esas relaciones se contradicen entre sí en muchos puntos, en tanto que explican perfectamente el estado de cosas que acaba de describir.

Además, entre los negros interrogados por M. de Castelnau, y que han visto á los Niam-Niams, hay algunos que no han visto rabos naturales, y que los han hallado como los que yo ví *desnudos y con la piel en punta*; las mujeres llevaban en el labio un pedacito de madera. Voy á dar algunos pormenores sobre esta última circunstancia; segun lo que yo he visto, el agujero del labio está destinado á recibir un clavo redondo, de composicion metálica, que introducen por el interior de la boca en el labio inferior, y que cuelga un poco mas abajo que la barba; este adorno no es feo, pues favorece la vista de los dientes blancos, pero como es incómodo para dormir, comer y trabajar, se lo quitan y reemplazan con un pedacito de madera que hace el oficio de tapon, y que es tan grueso como el labio. Como este pedacito de madera está sostenido únicamente por la presion del labio, conforme va creciendo la persona, acaba por ensanchar el agujero hasta hacer imposible el uso del clavo. Entónces el agujero necesita un tapon mayor que pone muy abultado y feo el labio.

El segundo grabado representa un aparato para lavar las arenas auríferas que los hombres de nuestra caravana establecieron en el primero de los países de negros adonde llegaron, y que era como ya he dicho, el objeto de la expedicion de Mehemet-Ali de la cual formé parte.

TREMAUX.

MARGARITA PUSTERLA.

(Continuacion.)

Milan es una populosa ciudad. La barba que adornaba su rostro, y que llevaba como los soldados, sus cabellos arreglados de distinto modo, un traje diferente, le permitian creer que no seria reconocido. Hablábale precisamente en aquella época de los alistamientos que hacia Luchino entre los bandidos, que despues de haber devastado el país, cansados de las ganancias inciertas é irregulares de su vida errante, se afliaban con placer en las banderas mercenarias bajo las órdenes de Sfolcada Melik, convirtiéndose en guardas de los parajes que habian infestado.

Alpinolo se decidió á alistarse en estas partidas. Par-

tió, pues, aplaudido y animado por todos sus camaradas.

En primer lugar fué á casa de Maso á pedirle el querido depósito que le habia confiado: el anillo y las cartas de su madre. ¡Qué imprecaciones salieron de sus labios contra el que le habia privado de aquellas prendas sagradas, cuando supo que la débil Nena habia entregado á un extraño las cartas de Rosalía! Pero cuando le presentaron el diamante, como á un padre que vuelve á hallar á un hijo mucho tiempo ántes perdido, se apaciguó, lo llevó á sus labios, y gruesas lágrimas cayeron de sus ojos sobre aquel recuerdo único de sus padres. Fué á prosternarse en el montecillo que ocultaba en sus entrañas los despojos mortales de su madre, reanimó las flores que brotaban en su derredor, y se despidió de los buenos molineros.

— ¿Cuándo volverás á vernos? le decia Nena.

— ¡Dios lo sabe! respondió su marido.

Alpinolo suspiró.

— Yo soy vieja, y no me volverás á ver: acuérdate de mí en tus oraciones.

— Fuera ideas tristes, añadió Maso. ¿No es verdad que nos veremos?

— Sí, respondió el jóven: quizás ántes de lo que creéis.

— Y con mejor humor, repuso la mujer del molinero.

— Cargado de honores y de riquezas, continuó Maso, que habiendo visto el mundo, sabia en que consistia la felicidad.

Abrazáronse los tres por última despedida.

Alpinolo partió.

Reunido con una partida de reclutas, entró con ellos en la Lombardia. ¡Tristes camaradas! Todos iban cubiertos de harapos, la mayor parte de ellos eran además tuertos ó mancos, porque habian sufrido como ladrones la pena impuesta por los estatutos de Milan que infligia la pérdida de un ojo por el primer robo, y la de una mano por la reincidencia; á la tercera se iba á la horca.

Fácil es imaginar cuanto sufrió Alpinolo cuando vió que la tranquilidad pública que se disfrutaba en Milan, defraudando las esperanzas del desterrado, y cuando to lo le recordaba en la ciudad los benéficos señores que habia sumergido en un abismo de dolores. Su pesar era mas profundo, porque no podia abandonarse á él sino en la soledad, que buscaba con empeño para reflexionar en el compromiso que habia contraído.

— Una ocasion favorable de matar á Luchino se le habia presentado, pero en el momento de herir sintió que desfallecia su valor. Excitábase á sí mismo á marchar hácia adelante y retrocedia aterrado ante la imperiosa voz de su conciencia.

Un dia estaba á las doce en el rincon del Broletto Normando donde lo habia engañado Ramengo. Horas y horas enteras permaneció con los ojos fijos en la puerta de Pusterla, por la que habia visto entrar á Margarita. Fué á la Madona de San Celso, que precisamente en aquella época habia comenzado á adquirir celebridad por sus milagros, y con fervor ardiente, pero inquieto y penoso, muy diferente del que tiene el hombre que pide justicia y obtiene paz, rezó ante Nuestra Señora.

— Dadme la fuerza necesaria, decia, para matar á vuestro enemigo, al enemigo del bien público, al enemigo de la santa mujer que os imitaba. Si me concedis esta gracia hago voto de ir á Nazareth, como un peregrino armado, y de no volver hasta que haya dado muerte á mil infieles de los que se niegan á adorar vuestro santo nombre.

En esta oracion insensata, en este voto de venganza hecho á la Madre de las misericordias, creyó encontrar nueva firmeza, y pocos dias despues le pareció que se le presentaba una ocasion favorable.

Hallábase de guardia en un pabellon de recreo, situado en el centro de un bosque artificial, en el parque de Belgiojoso, delicias de los Visconti. Mirando á través de las celosías, que dejaban penetrar libremente el aire, vió á Luchino que se habia dormido envuelto en su manto, con dos mastines, que tambien dormian. Alpinolo revocó su voto, se acercó, blandió el puñal, lo levantó sobre la cabeza del tirano, y exclamó en lo profundo de su corazon:

— ¡Perro! ¡no volverás á despertar hasta el dia del juicio!

« ¡El dia del juicio! » Esta idea detuvo su brazo.

« ¡El dia del juicio! »

¡Los dos nos veremos ese dia en presencia del mismo juez! Luchino se presentará en ese tribunal con todo el acompañamiento de sus crímenes. — ¡Y yo! ¿me mostraré con la mano cargada de un asesinato?

Resolvió renunciar á su proyecto, y se esforzó en salir sin hacer ruido; pero no pudo hacer tan poco que no despertara á los perros que se levantaron ladrando.

Luchino se despertó tambien y echó mano á su espada, poniéndose en pié. El acaso hizo que en aquel instante entrase el capitán Lucio con aire de triunfo trayendo la noticia de que Francesco y su hijo habian sido conducidos á la ciudadela de la Puerta Romana.

La presencia del soldado fué interpretada como un acto de celo y para advertir al príncipe la llegada del reciénvenido. Alpinolo se salvó. Pero el suplicio mas horrible, el ser hecho pedazos hubiera apenas igualado á la tortura que sintió al oír la fatal noticia, al presenciar la implacable alegría de Luchino y del capitán de justicia, que se decian:

— Ahora vamos á hacerlos marchar á buen paso. Mañana en Milan, y pronto se despachará este negocio.

Su imprudencia le habia proporcionado este suplicio. ¿Quién, pues, seria capaz de describir su furor? Desde aquel momento, todo pensamiento se borró de su imaginacion, excepto el de libertar á aquellos desgraciados.

No le fué difícil hacerse encargar de la guardia de las cárceles de la Puerta Romana. Nuestros lectores saben cómo ganó al carcelero, y á qué precio le prometió Macaruffo dejar escapar á sus tres presos.

XIX.

LA FUGA.

Tomadas estas medidas, Alpinolo se decidió á confiarse á Buonvicino, y se volvió al convento.

Hallábase el buen fraile en su celda, decorada, segun la regla, con un jergon de paja, una almohada, dos mantas de lana y un escabel. Estaba sentado, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre las rodillas. En las arrugas prematuras de su frente, en sus pálidas y flacas mejillas, en los ojos hundidos en su órbita se hubiera podido descubrir que para aquel hombre pensar era sufrir; pero su dolor no inspiraba el desaliento; en su rostro se podia entrever una esperanza, tal vez un recuerdo.

Buonvicino no reconoció al pronto al paje. Su librea, su barba y la alteracion de sus facciones lo disfrazaban aun á los ojos de un amigo de su infancia. Apenas pronunció Alpinolo su propio nombre, no vaciló Buonvicino en reconocerlo. Lo abrazó repetidas veces con toda la efusion de un padre que vuelve á ver á su hijo tras largos años de ausencia, y le preguntó cómo podia estar en Milan, á pesar de la proscripcion que pesaba sobre él.

Alpinolo, con el acento mas terrible de aborrecimiento y sin contemplarse á sí mismo, le refirió la serie de sus infortunios, la parte que habia tenido en el desastre de Pusterla, la traicion de Ramengo, y un sin número de iniquidades que nunca hubiera creído posibles. Pero esta narracion no explicaba al padre la presencia de Alpinolo en Milan. Preguntóle mas, y el jóven le respondió que era un secreto que habia jurado no revelar. No fué difícil á Buonvicino penetrar su designio. Lo amonestó, le aconsejó, y aun le mandó que no se dejara arrastrar por sus pasiones á cometer un crimen.

Alpinolo le respondia:

— Padre mio, vuestra reprension es inútil; no he tenido valor para cumplir mi juramento.

— ¿Qué dices?

— Me ha faltado la resolucion.

— Habla, Alpinolo.

— Vuestra imagen, padre, grabada en mi alma, me ha repetido mas elocuentemente todavia que lo que lo podiais hacer vos mismo, las discretas palabras que vuestra boca prodigaba en otro tiempo para formar mi educacion infantil. No se trata hoy de eso.

— ¿De qué pues se trata? preguntó Buonvicino.

— De salvar á los Pusterla. ¿Queréis ayudarme?

Alpinolo le refirió en seguida cómo habia ganado á fuerza de oro al carcelero de la Puerta Romana, y cómo, á favor de su papel de soldado, esperaba llevar á cabo feliz una tentativa de evasion. Pero no bastaba salir de la prision, era menester tambien para la seguridad de aquellos desventurados, que tuviesen medios de dejar el país inmediatamente, porque en él vivirian siempre alarmados y expuestos á nuevos contratiempos.

El padre lo escuchaba atónito.

Alpinolo le manifestó que temia revelar este secreto á otro extraño, á otro mercenario, por lo peligroso que era hacer esta confianza de su proyecto para el buen éxito de ella. Le propuso, pues, que se encargara él mismo de todo lo que pudiese favorecer la fuga de los Pusterla, apenas hubieran atravesado el umbral de la Puerta Romana.

Vacilando entre la razon que le mostraba las pocas probabilidades de salir victoriosos que tenia semejante tentativa, y el deseo que le aquejaba de consumarla, dudando entre los consejos de la prudencia y los impulsos de una amistad tan verdadera y profunda como la suya, Buonvicino opuso por de pronto algunas objeciones. Temia agravar la suerte de los Pusterla si su proyecto se malograba, temia precipitar la catástrofe de personas que hubiera querido salvar á costa de su vida, temia decidir al tirano que no estaba quizá todavia resuelto, á poner fin á sus dias con un paso imprudente.

Alpinolo le hizo presente que era locura creer un solo instante en la indulgencia del amante todopoderoso y despreciado de Margarita; que la muerte únicamente los aguardaba, y que para libertarlos del último suplicio, no habia plan demasiado temerario ni imprudente.

Persuadido un poco por estas razones, llevado sobre todo del deseo de salvar á sus queridos amigos, Buonvicino dijo al jóven que se prestaba á todo, y convinieron en que todas las noches, cerca de un nogal llamado el nogal de Quadruono, fuera del convento de Breza, tendria el fraile tres caballos preparados, á fin de que Margarita, su hijo, Francesco y el intrépido escudero pudiesen alejarse inmediatamente de la ciudad, ganar la frontera, y desafiar desde país extranjero el furor, que seria ya impotente, del feroz Luchino.

A-í quedó arreglado, y pidiéndole que le bendicion, Alpinolo se precipitó fuera de la celda.

Entretanto, el dia señalado para la ejecucion habia llegado, y mientras que Alpinolo, atormentado por el

terror ó embriagado por la esperanza, se entregaba á todas las emociones de la incertidumbre, Macaruffo, por su parte, sentado junto al muro de la prision en el corredor donde estaba habitualmente, contaba á hurtadillas los zequíes que le habia dado Alpinolo.

— Uno, dos, tres... diez... veinte... cuarenta y nueve, cincuenta... ¡Mios! pensaba él; ¡Una noche me envia mas de lo que habia esperado tener en toda mi vida! ¡Y yo tan torpe que dudaba en aceptarlos! Si, sí, con razon me llaman Lassagnone el torpe. Mañana, á estas horas, si mis piernas no me engañan, estoy en mi casa. ¡Qué sorpresa para mi mujer!

Y se restregaba las manos, y reia tan estrepitosamente, que el soldado que estaba de centinela se paró á mirarlo. Esta mirada produjo en él el efecto que produce en un estudiante, cogido en falta, el gesto de un pedagogo irritado.

Presentóse entonces á su imaginacion el reverso de la medalla, y contemplóse sorprendido, preso y ahorcado. Un momento estuvo resuelto á vender al soldado que lo habia seducido y á revelárselo todo á Luchino. Pero la cobardía le impedia casi tanto como la codicia poner por obra esta perfidia, porque no podia salir de la cárcel sin ser apercibido por Alpinolo, y él sabia que la mano del jóven no andaria perezosa para atravesarlo de una estocada.

Además, no era tiempo ya de retroceder, la hora habia llegado.

Alpinolo vino á relevar al centinela que se habia quedado en pié profundamente dormido.

— ¡Bravo, bravo, Quattradita! le decia el soldado despertando, á tiempo llegas, porque no puedo tener los ojos abiertos.

— Vaya, vaya, Pagamorta, duerme tranquilo; aun cuando debiera prolongar mi faccion, no interrumpiria tu sueño de oro.

— ¡Viva Quattradita! replicaba el otro estrechándole la mano. ¡Aprieta! Un poco receloso, un poco disputador, pero buen corazon, buen muchacho. Deja correr la bola, si llego á ser principe, te haré cabo.

Y con una sonrisa que concluyó en un bostezo, se marchó.

Sus pasos resonaron á lo largo del corredor, conforme se alejaba. Alpinolo los contaba, mirando hacia atrás con ansiedad. El soldado se retiró al cuerpo de guardia, cerró la puerta y todo quedó en silencio.

Alpinolo dió una vuelta por el corredor con atento oido y mirada escudriñadora, y no oyendo ningun ruido, se acercó al carcelero y le dijo:

— ¿Y bien?
Macaruffo respondió: «¿Y bien?» levantando al mismo tiempo la cabeza como si hubiese perdido el recuerdo de todo lo convenido, y fijando en Alpinolo dos ojos llenos de maliciosa estupidez.

Pero una amenaza del paje y un apretón de manos que parecia el de unas tenazas, refrescaron la memoria al carcelero, y le hicieron comprender que no era ocasion de titubear. Para lograr, pues, que no se malograra la tentativa de evasion, para que se consiguiera completamente un buen éxito, se quitó las sandalias, se arrodilló, recitó una oracion, que traia á sus labios el terror, y que no tenia mas objeto que el de pedir su complicidad al cielo. Luego, avanzando con pesados pasos, apagó la lámpara que alumbraba débilmente al corredor, soltó las llaves de su cinturón, y pegado á la pared fué á tientas hacia el calabozo de Pusteria.

Presa del terror que causa el cautiverio, cuando oyó rechinar la llave en la cerradura de la puerta de su encierro, á horas tan intempestivas, Pusteria creyó que se trataba de un asesinato nocturno; encomendó su alma á Dios, y por ese instante paternal que domina aun en los momentos mas terribles, y se ofrece con admiracion hasta en las cosas pueriles, llevó á Venturino en un rincon de su celda, lo cubrió con su manto, y puso por delante de él todo lo que pudo hallar; débil muralla para proteger al niño contra el furor de los asesinos, pero que servia al ménos en la imaginacion desesperada de su padre para calmar por un momento los temores que le asaltaban por la vida de su hijo. ¡Cuál fué la alegría de Pusteria cuando en lugar del verdugo, vió á un amigo que lo estrechaba contra su pecho y que iba á proporcionarle la fuga! Cogió bruscamente á Venturino, le recomendó que callara, y los dos salieron del calabozo de Francesco para ir al de Margarita.

Pocos instantes despues se abrazaban los dos tiernos esposos. Minutos de transporte que valen siglos de vida, de felicidad, de éxtasis; todo el corazon humano asomado á los labios, ¡que no se habian unido tanto tiempo hacia! Pero era preciso abreviar estos momentos deliciosos; no era ocasion de perder el tiempo, ni aun en ser felices.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las golondrinas de la moda vuelven á Paris á toda prisa. — Una nueva tela llamada piel de carnero. — Capitas á la moda. — Chales para ir en coche. — Originalidad de las nuevas telas. — Las mangas Antonieta. — Don Juan mezclado entre las modas. — Los vestidos de delante. — Una chaquetilla bretona. — Modelos de sombreros elegantes. — Promesas de guirnalda de baile para el mes próximo. — El tocado mariposa. — Descripción del figurin de modas de este número.

Se acabó el buen tiempo; las golondrinas huyeron á otros países donde hay flores y sol, en tanto que las golondrinas de

la moda y de la elegancia vuelven á Paris á toda prisa. ¿Qué ha de hacer en el campo una mujer cuando es jóven y hermosa, cuando la gustan los homenajes, y cuando hay una porcion de jóvenes aduladores que no piden otra cosa sino deshacerse en alabanzas que no sienten? Se acude, pues, á Paris de los cuatro puntos del horizonte, y las campanas de la fiesta de Todos Santos han tocado á la vuelta de las fiestas, de las diversiones, de los bailes, y de todos los encantos de las modas de invierno.

Tenemos tanto y tanto que decir hoy, que debemos limitarnos especialmente á las modas, dejando para otra revista el cuidado caritativo de murmurar un poco del prójimo.

Principiaré por hablar de una nueva tela muy á la moda para batas, rotondas y vestidos caseros, pero me encuentro en un apuro, cual es el de pronunciar el nombre de esta tela que hace furor y que lo invade todo.

Sin embargo, como no hay mas remedio que decirlo, pondré en conocimiento de mis lectoras que se llama *piel de carnero*; parece imposible, tanto mas cuanto que esta tela no tiene nada de comun con la piel de carnero, y que mas bien parece una felpilla, pero es de sederias brillantes y un poco cortas.

Pero la moda ha decidido que se llame así, y debemos resignarnos á llevar encima una *piel de carnero*.

Mas bien podrian haberla llamado *piel de asno*, pues siempre es de un color ceniciento mas ó ménos oscuro, gruesa como una coraza, y de dos caras iguales, por cuyo motivo no la ponen forros.

Pasemos ahora á las actualidades que la moda proclama para la estacion de invierno. Procedamos por órden: las hechuras, las telas, los vestidos, los sombreros y las guirnalda de flores.

Dejando aparte la *piel de carnero* que es la tela privilegiada, como hemos dicho, para los vestidos caseros, todos los trajes de vestir se hacen de terciopelo y de felpilla. Los modelos mas elegantes son los siguientes:

— El *Nassau*, capita del género Talma de terciopelo negro que representa, por su corte, una capa con mangas. Lleva una franja de 18 á 20 cent., con borde labrado.

— La capa *castellana* de felpilla rizada, adornada con una franja, y sobre ella un ancho galon de felpilla negra ó blanca.

— La capa *Hadjé*, de terciopelo negro, con bandas de pieles de seda muy bien imitadas.

— La capa *Finlandesa*; esta tela sumamente gruesa reúne á su mucha flexibilidad la ventaja de ser muy abrigada. El forro, que forma parte de la tela, es siempre de un color distinto. Se guarnece con galones de felpilla ó de terciopelo.

— La capa *Yago*, de terciopelo, con adornos de plumas de seda, de pasamanería y de franjas labradas. Esta capita, muy aristocrática, va forrada de felpilla verde.

Tambien se hacen bonitos chales de terciopelo negro para carruaje; se deja en el coche la capita, y se sale á las visitas con el chal de terciopelo.

He aquí tres modelos distintos:

El primero es de terciopelo negro enteramente cubierto de encajes de Chantilly muy finos, separados entre sí por una rica guirnalda forrada de seda retorcida. Este chal va forrado de raso color de rosa pespunteado en forma de hojas y de flores: por guarnicion lleva un encaje de cuarenta centímetros de alto.

El segundo es de terciopelo, color castaño, y tambien va enriquecido con una serie de guirnalda bordadas de seda; entre cada guirnalda hay un grueso flico de pluma.

El tercer modelo es de terciopelo azul de Japon, y va adornado con cinco bandas de plumas rizadas color azul de distintos matices. Entre cada banda de pluma hay una guirnalda bordada de seda tambien de diferentes tonos. Al borde se ve una franja de pluma azul de treinta centímetros de altura, que deja caer una prodigiosa cantidad de cascabelillos de seda, de un azul de distintos matices.

Pasemos ahora á las telas, donde sigue dominando la fantasia. — Se ven tafetanes de volantes con bandas de felpilla imitando las pieles; vestidos de tafetan con bandas de muaré antiguo con rayas verdes y negras alternando; de *droquet* aterciopelado; de volantes de tafetan con medallones de terciopelo; de *pekin* con anchas rayas escocesas multicolores; de *droquet* con bordados de cruces de Malta, y de tafetan con volantes guarnecidos de tres hieras de flecos formando una banda de plumas rizadas.

¿Y las hechuras de corpiños y de mangas?

Se dice que no se llevan faldetas y todas las modistas siguen haciéndolas. Lo cierto es que todo se lleva, con tal que se vea gusto y elegancia; los corpiños á la Luis XIII, á la Luis XV, á la Inés Sorel, y aun los del tiempo de Luis XVI. Parece que se vuelve un poco á las modas de esta época, pues hemos visto un vestido de anchas bandas de muaré antiguo azul, alternando con otros color de perla, enteramente igual á los que llevaba en Trianon la hermosa é infortunada María Antonieta. Las mangas, como las de aquel tiempo, son aplastadas, ajustan al codo, y concluyen en un gran volante adornado con dos gruesos lazos de cinta uno encima y otro debajo, que cubren enteramente la manga. Sobre el alto de la manga hay dos pequeños volantes con puntilla negra de encaje.

Este vestido, que se lleva con un pañolito Antonieta de encaje negro al cuello, uno de esos pañolitos historicos que siempre serán de moda porque son muy graciosos, y porque descubren la blancura de los hombros cuando quieren cubrirlos, tiene sin embargo un corpiño subido, y una falda con un alto volante marcado por una *ruche* de cinta pekin, con puntilla negra de encaje muy diminuta.

Tenemos ahí pues una novedad, ó mejor dicho, un recuerdo: *mangas Antonieta*.

Despues tenemos tambien, como invencion del dia, un precioso justillo, destinado á ponerse sobre los corpiños sin faldetas, y que se llama *Don Juan*.

Este *Don Juan*, y como un chalequillo que se coloca como hemos dicho sobre el corpiño del vestido, por arriba va guarne-

cido con un alto encaje que cae en volante y en Jockey sobre la manga, formando pequeños afollados: es muy corto, pero ajustado, derecho por detrás, enteramente redondo y abierto por delante. Esta es una creacion sacada de los trajes españoles que tendrá buen éxito, porque respira juventud y gracia. Los contornos van adornados con una cinta de terciopelo negro, con pequeños volantes y encaje.

Parece que se vuelve á los vestidos con delantal, á las faldas enteramente ilustradas de terciopelo negro formando bandas desde la orla de la falda hasta la cintura. La moda tiene cosas inauditas. Una serie de anchas bandas de terciopelo negro sobre un vestido de *reps* oscuro produce un efecto maravilloso y elegantísimo. El corpiño con faldetas lleva tambien bandas de terciopelo transversales, prendidas á las extremidades con adornos de azabache.

Tambien señalaré como una novedad para llevarse con faldas de color una chaquetilla bretona y una esclavina de alcoba. La chaquetilla bretona es de terciopelo negro, y va adornada con una botonadura de azabache y flecos. Esta chaquetilla es indescriptible. Sobre las faldetas lleva vueltas, y además tiene solapas á la moda bretona. El delantero se sostiene con botones; pero debo decir que hay tantos botoncitos de azabache sobre las mangas, en las faldetas y por delante del corpiño, que seria imposible contarlos.

La esclavina de alcoba es de cachemira color oscuro, con adornos de felpilla ó de terciopelo, cuyos matices, ceniciento y negro, sientan muy bien sobre el cachemira.

Hablemos ahora de sombreros y de flores.

Los sombreros se hacen con el ala tendida y aplastada, pero la separacion del casco va marcada con sesgos de tafetan ó de terciopelo de color opuesto al del sombrero. La guarnicion de detrás es muy larga y de mucho vuelo. En el interior se ponen muchos adornos de encaje negro, con blonda blanca. Hay personas á quienes les va perfectamente esta originalidad de adorno.

He aquí algunos modelos de sombreros muy elegantes:

— Un sombrero de terciopelo color oscuro, ribeteado de terciopelo dorado, con alas de pájaro del paraíso, colocadas muy bajas á cada lado del casco. En el interior *ruche* de blonda, ramitos de botones de oro, y aletas amarillos. Cintas de tafetan color de oro.

— Un sombrero de tafetan blanco con manchas y ribete de tafetan color de lila. A cada lado del casco, ramitos de plumas blancas rizadas; en el interior violetas de Parma, y pluma rizada cayendo solo por un lado. Cintas blancas y de color de lila.

— Un sombrero de terciopelo *epingle* color de rosa, con sesgos de terciopelo color de castaña, y al lado un ancho lazo sin pretensiones y del mejor gusto.

— Un sombrero de tafetan blanco color de perla con plumas blancas prendidas con cinta. Sobre el sombrero se ve un lazo á la batelera lleno de coquetería y de gracia.

Quisiera extenderme un poco sobre las guirnalda de baile, pero observo que casi he llenado ya el espacio que me está destinado. Sin embargo, no puedo ménos de describir un admirable tocado-mariposa con ramitas de salvia. Es imposible imaginar nada mas caprichoso y bonito que este adorno. Lleva cinco á seis mariposas con alas esmaltadas de brillantes colores y con reflejos de oro que producen un efecto admirable. ¿Quién se llevará la palma? La mariposa de color rosado con alas azules y plateadas, la de color de púrpura, la de color de lila, ó la otra mariposa de un precioso color verde manzana? Todas ellas son bien bonitas, bien frescas, bien seductoras, y la eleccion es muy difícil y embarazosa.

Pasemos ahora á nuestro figurin del presente número, donde se ven dos trajes de invierno, y un prendido para una joven-cita.

La primera figura representa una señora de treinta años: su vestido es de tafetan azul de Sevres, con una falda adornada de cinco volantes, dibujados de arabescos de *reps* negro satinado. Al borde de cada volante va pegada llana una pequeña *guipure* de seda blanca. El corpiño está fruncido ligeramente sobre los hombros, y de distancia en distancia sobre los pliegues hay una pequeña *guipure*. Este modelo de corpiño es enteramente nuevo, y hace muy bien cuando ajusta un talle esbelto y delgado. Un rico camisolin de *guipure* de hilo aparece por entre la abertura del corpiño; cinturón largo y flotante; mangas formadas de tres volantes sobrepuestos uno sobre otro; el último volante es excesivamente ancho. Por dentro mangas blancas guantes color de paja; brazaletes de cinta de muaré antiguo con hebilla de oro; capota de terciopelo *epingle* blanco con volantes de blonda, y plumas á los lados. Por dentro lleva lazos de terciopelo azul con mezcla de blonda.

La segunda figura representa una jóven de veinticinco años. Vestido de tafetan color de perla, con tres altos volantes, ribeteados con bandas onduladas de felpilla color de violeta; sobre la banda serpentea un galon de felpilla; corpiño subido y abotonado con faldetas y tirantes de felpilla color de violeta; los botones figuran cascabelillos de pasamanería; mangas compuestas de dos pequeños fruncidos en lo alto del brazo, con dos volantes muy anchos, de mucho vuelo y ribeteados de felpilla color de violeta; mangas blancas, estilo Luis XIII, de punto de Inglaterra, con prendidos de terciopelo *epingle* verde, sembrados al rededor de cada manga sobre el encaje; cuello caido de punto de Inglaterra; sombrero de terciopelo *epingle* color de violeta con ala tendida y casco redondo; interior de blonda y geranio de terciopelo color de violeta; cintas de terciopelo *epingle* verde.

La tercera figura representa una niña de seis años: vestido de popelina de cuadros blancos y color de rosa; el corpiño escotado lleva faldetas abiertas sobre los hombros, y va adornado con un galon de terciopelo negro labrado. Sobre el delantero del corpiño hay tres cuchillos de cinta con lazo; mangas un poco anchas afolladas, dejando á descubierto un volante de muselina bordada; camisolin de pliegues, de muselina; pantalones bordados; botitas negras de raso francés, sin tacones.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

El rompe-olas flotante.

Hace ya algunos años, los huracanes del equinoccio trastornaban el Océano, y las costas de Francia y de Inglaterra se cubrían de restos de naufragios, cuando de repente publicaron esta noticia los periódicos: « El nuevo rompe-olas del puerto de Brighton ha sido destruido por la última borrasca. »

Inmediatamente se despachó de Francia una comisión para estudiar la extensión de aquel desastre. El vapor que llevaba á los comisionados se hallaba todavía á mas de una legua de las costas de la Gran Bretaña y del puerto de Brighton, cuando se encontró con el nuevo rompe-olas, que lejos de haber perecido, resistió, á pesar de algunos destrozos que había sufrido, al furor de los vientos y de las olas. El vapor, cansado de su travesía, se refugió á su abrigo protector, y los viajeros bajaron á él, bien sorprendidos de encontrar un puerto aislado á una legua de la costa y sin ningún apoyo en tierra, lo que parecía al mismo tiempo el desafío mas audaz é inútil que pudiera lanzarse contra el Océano.

En efecto, ¿de qué podía servir aquel aparato expuesto por todas partes al viento y á las olas, sin puerto ni buques que proteger allí? En realidad no era mas que una experiencia, pero una experiencia concluyente para probar que el nuevo sistema que quería reemplazar los muelles ordinarios, presentaba todas las garantías de solidez y firmeza apetecibles. Y no había que dudar; puesto que un pequeño fragmento aislado había sufrido hacia ocho meses tan dura prueba, la cuestión estaba resuelta sin remedio.

Los comisionados franceses descansaron en el compartimiento construido para el guarda del fanal colocado en una de las secciones del rompe-olas y pudieron examinar en todos sus detalles el aparato. El sistema que preside á esta construcción es tan sencillo como ingenioso.

Hasta el día, para proteger la entrada de los puertos contra la violencia de los vientos y de las olas, se han querido construir barreras de rocas artificiales; á fuerza de gastos y de trabajo se han elevado enormes masas de piedra, montañas de fábrica que, reposando en las arenas del fondo, alzan la cabeza sobre las aguas. El sistema es costoso y lento como lo prueba la historia del puerto de Cherburgo en Francia, esa inmensa construcción donde tantos millones se han gastado. Pero

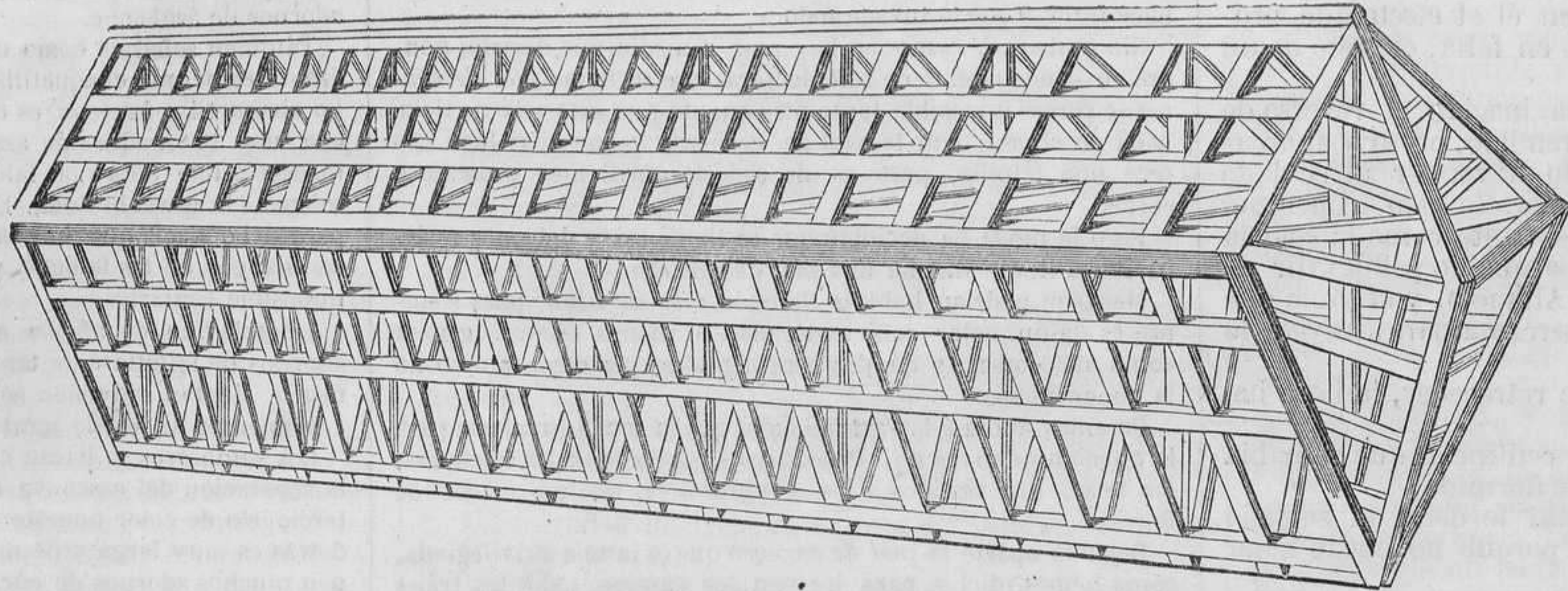
Con este sistema están de mas las construcciones submarinas, los cimientos y los grandes trabajos de fábrica. Los rompe-olas son unos aparatos muy sencillos de madera colocados sobre quillas flotantes y sólidamente amarrados; es una especie de dique de madera á la vez movedizo y resistente. Este dique se compone de muchas secciones, ligadas unas con otras y cuyo número varia según la extensión que se quiere poner al abrigo. Cada sección forma una construcción sólida de piezas de madera de

forma de paralelepípedo de clavovoya, colocada sobre una quilla y que se bota al agua como un buque cualquiera. Su longitud ordinaria es de 20 metros, su anchura de 8 y su altura de 9. Sobrenada 3 metros, y tiene 6 dentro del agua. Se ha juzgado muy suficiente esta profundidad, pues jamás las borrascas mas fuertes llegan á un nivel tan bajo sobre las costas del Mediterráneo y de la Mancha, como lo han demostrado las experiencias científicas hechas por los buzos.

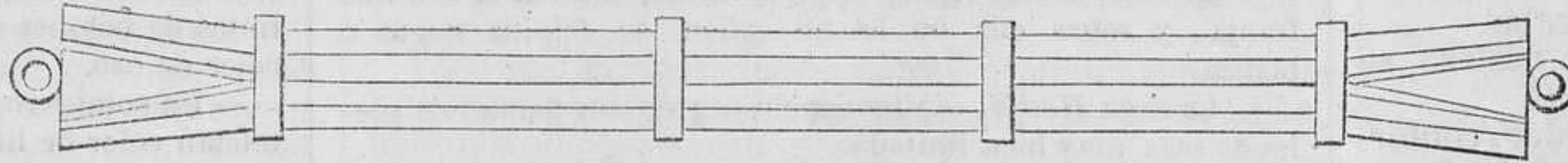
Las secciones sostenidas por medio de cadenas, de anclas y de amarras de madera, están colocadas en línea ó por mejor decir, en forma de tablero de damas, para que mutuamente puedan prestarle apoyo. La ola que viene y pega sobre ese enrejado de madera, encuentra en él, no una resistencia inerte como la de los muelles de piedra, sino una resistencia flexible, incesante, que causa

el esfuerzo de la ola, y que vuelve á tomar su equilibrio á cada sacudimiento.

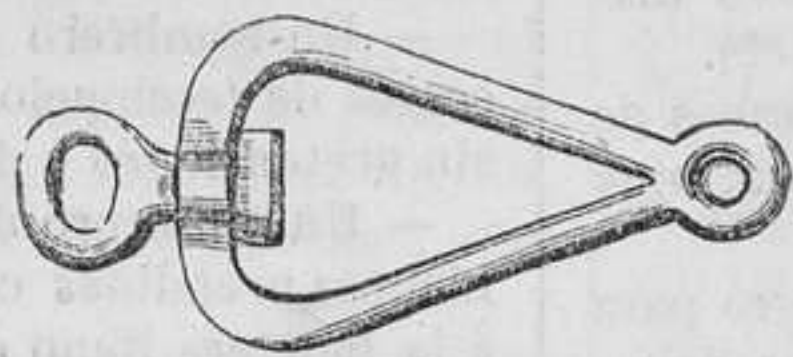
La ola que se alza furiosa contra el obstáculo continuo de la piedra, que la roe sin cesar y la deteriora, pasa por entre el enrejado que retrocede delante de ella y que poco á poco la detiene, hasta que se divide, se amortigua, y se tiende. La mar alborotada llega, pasa por entre el rompe-olas, como si fuera una criba elástica, y perdiendo su empuje, se queda pacífica y tranquila en el sitio que el rompe-olas encierra y prote-



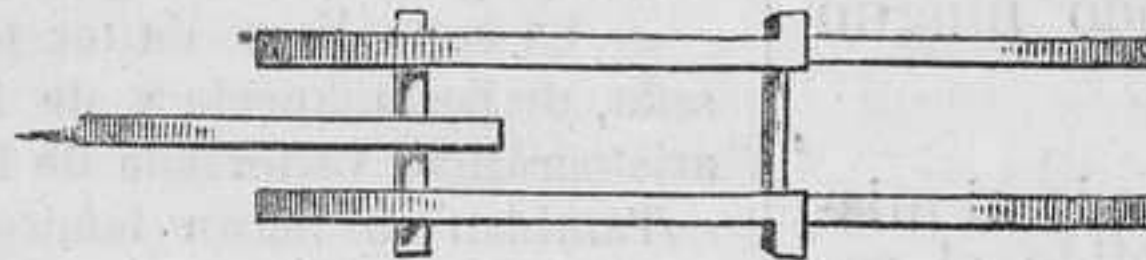
VUE PERSPECTIVE DU BRISE-LAME



AMARRE EN BOIS



BOULON SUR PIVOT

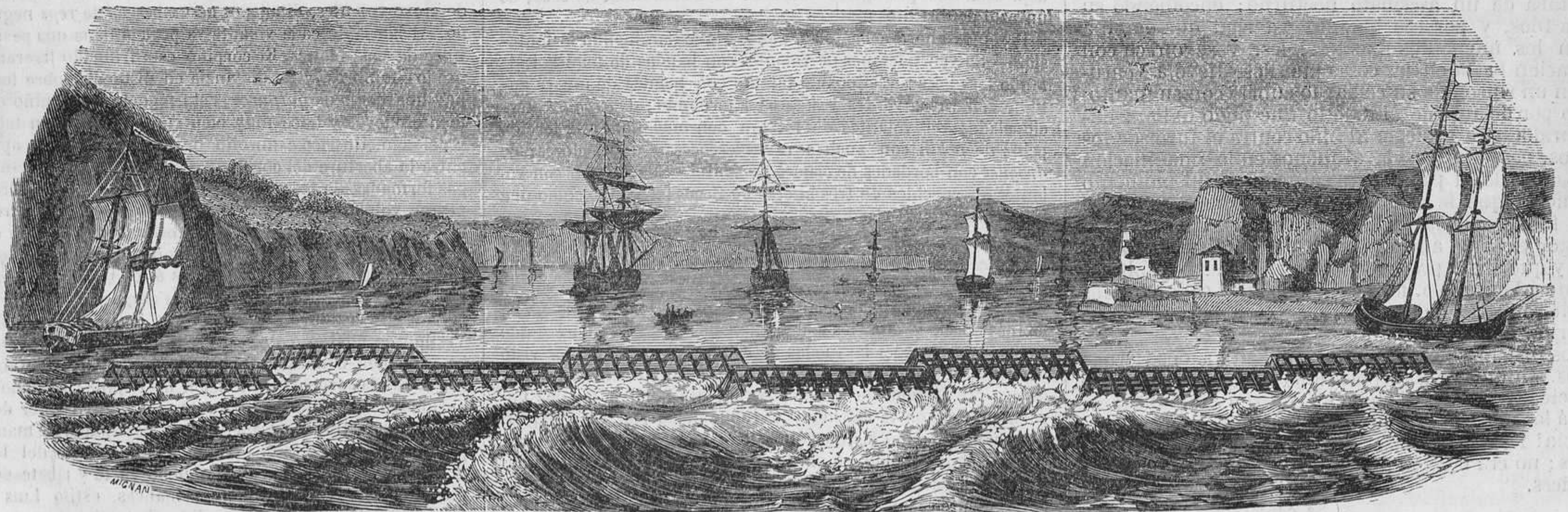


CRAMPON EN FER

Piezas del rompe-olas flotante.

aun hay mas; los muelles de piedra rompen la acción de las corrientes y ocasionan grandes depósitos de arena, de piedrecillas y de fango que obstruyen con frecuencia la entrada de los puertos y canales. Luego la extensión, la forma, la dirección del muelle vienen á complicar las dificultades.

Todos estos inconvenientes han producido la invención de los rompe-olas flotantes, cuyo ensayo se hizo primeramente en el puerto de Penzanco, y después en alta mar, como hemos dicho, delante de Brighton.



Rompe-olas en el puerto de la Ciotat.

ge. Se han hecho cálculos muy curiosos para conocer la fuerza á que puede resistir el rompe-olas. Varios ingenieros ingleses y franceses han establecido que un buque de 8 metros de proa y 4 de altura, se expone á una fuerza de 37,800 kilogramos que resultan del viento, de la presión del agua y de la madera. Calculando según la misma base, se da para cada sección del rompe-olas una fuerza menor; pero tenemos 33,300 kilogramos sobre el flanco. Ahora bien, como el rompe-olas está amarrado oblicuamente, la fuerza total queda re-

ducida proporcionalmente al ángulo de resistencia.

Con semejantes bases era fácil combinar la construcción, y las experiencias de Penzanco y de Brighton intentadas en circunstancias tan desfavorables, han resuelto de hecho la cuestión de solidez y de firmeza del nuevo sistema. Por consiguiente solo faltaba ya aplicar esta invención tan útil en grande escala, y con este fin se eligió el puerto de la Ciotat en el Mediterráneo donde ciertos rumbos de viento ocasionan mas de una desgracia. Se ha construido pues un rompe-olas de seis

secciones que se botaron á la mar y se amarraron definitivamente con el mejor éxito.

Así pues, se hace la prueba de la eficacia del rompe-olas para asegurar la calma en un puerto. Una de las dificultades mas costosas de las construcciones marítimas se hallaría resuelta, si la prueba saliera bien, y se podría dar en adelante á todas las costas, sin grandes gastos, los abrigos que les faltan y que tanto necesitan para el desarrollo del comercio y de las fuerzas navales de todos los países del mundo.